JOKE J. HERMSEN

UN CAMBIO DE RUMBO

Rosa Luxemburgo y Hannah Arendt

SIRUELA
BIBLIOTECA
DE ENSAYO

JOKE J. HERMSEN

UN CAMBIO DE RUMBO

Rosa Luxemburgo y Hannah Arendt

SIRUELA
BIBLIOTECA
DE ENSAYO

Joke J. Hermsen

Un cambio de rumbo

Rosa Luxemburgo y Hannah Arendt

Traducción del neerlandés de
Gonzalo Fernández Gómez

Siruela

Biblioteca de Ensayo 76 (serie menor)

Edición en formato digital: octubre de 2021

This publication has been made possible with financial support
from the Dutch Foundation for Literature.

Título original: Het tij keren

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© 2019 by Joke J. Hermsen

Originally published in 2019 by

Uitgeverij Prometheus, Amsterdam

© De la traducción, Gonzalo Fernández Gómez

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18859-40-3

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Rosa y Hannah

Breve selección de cartas de Rosa Luxemburgo

Bibliografía

Agradecimientos

Citas

Entusiasmo y espíritu crítico,

eso es todo lo que necesitamos.

ROSA LUXEMBURGO

La desobediencia civil es una forma

de libertad política que encaja

en las tradiciones de este país.

HANNAH ARENDT

ROSA Y HANNAH

1

A finales del verano de 2018, cuando empecé a profundizar en la obra de Rosa Luxemburgo, ya se respiraba una atmósfera de insurgencia en el entorno de nuestro pueblecito de la Borgoña. A pesar de sus promesas electorales, el presidente Macron aún no había hecho nada por las zonas más pobres de la Francia rural, y ahora, entre otras cosas, quería subir los impuestos de los combustibles. Cada vez había más gente con problemas para llegar a fin de mes, mientras que la élite recibía regalos como la abolición del impuesto sobre el patrimonio. Los ambiciosos planes de En Marche!, el partido de Macron, resultaron ser palabras huecas. El coste de la vida no había hecho más que aumentar y todo el mundo andaba con el agua al cuello. On n'en peut plus, resopló nuestra vecina («No podemos más»). Tras muchos años trabajando de enfermera, ahora se las veía y se las deseaba para cuadrar las cuentas con una raquítica pensión. Y no era la única. Su frustración, como pudimos comprobar pocas semanas después, era un sentimiento muy extendido entre la población e iba a derivar en una fuerte ola de protestas, no solo en la Borgoña, sino en toda Francia.

La mayoría de los habitantes de Nièvre —el departamento de la Borgoña donde desde hace diez años estamos restaurando una vieja posada— se han dedicado tradicionalmente a la agricultura o la silvicultura. Otros explotaban cafés, panaderías o tiendas de comestibles, como hizo la madre de nuestra vecina durante toda su vida. Ahora, sin embargo, el tejido de pequeños negocios ha desaparecido casi por completo de los pueblos de la zona, y unos pocos terratenientes se reparten los miles de hectáreas de tierras de cultivo. Para hacer la compra hay que ir en coche a la filial de una gran cadena de supermercados, la misma que paga precios cada vez más bajos a los agricultores y ganaderos por la fruta, la verdura y la leche. Y para visitar al médico, franquear un paquete en una oficina de correos o comprar una medicina en la farmacia también hay que salir a la carretera, motivo por el cual sentó tan mal y tuvo consecuencias tan dramáticas la propuesta de Macron de subir los impuestos de la gasolina.

En el siglo XIX, Victor Hugo y Émile Zola describieron la pobreza y las difíciles circunstancias de las clases bajas en novelas como Los miserables (1862) y Germinal (1885). Más de un siglo después, la desigualdad económica y la diferencia de clases vuelven a ser los temas de escritores contemporáneos como Annie Ernaux, Didier Eberon y Édouard Louis. Este último, hijo de un obrero incapacitado a causa de un accidente en una fábrica, acusa con furia apenas disimulada a la élite política francesa —a la que reprocha dominación social y desprecio a las clases bajas— en Quién mató a mi padre (2018). A principios de octubre, Édouard Louis ofreció una conferencia sobre su novela en el Paradiso de Ámsterdam, el famoso templo del pop por donde han pasado estrellas del calibre de los Rolling Stones, Patti Smith, Pink Floyd, Prince, Amy Winehouse y David Bowie. Ante una sala abarrotada, argumentó que el capitalismo neoliberal, en combinación con el elitismo y la tecnocracia, ha propiciado la aparición de una subclase condenada a una vida miserable y humillante. Predijo que, en el caso de Francia, esa situación sería causa de grandes disturbios sociales, y el tiempo le dio la razón antes de lo que él mismo había imaginado. Dos semanas después, los primeros grupos de ciudadanos con chalecos amarillos empezaron a bloquear carreteras y rotondas. Durante nada menos que setenta sábados seguidos, un movimiento social surgido de forma espontánea organizó protestas contra la política de Macron en ciudades grandes y pequeñas de todo el país.

No obstante, Francia no fue el único escenario de protestas políticas en 2018. En España, por ejemplo, arreciaron las llamadas «mareas blancas» contra la ola de privatizaciones en la sanidad pública, y en otros países europeos como Italia, Serbia, Austria, Polonia y Alemania también salió la gente en masa a la calle para protestar contra la injusticia económica, la violencia de género o la crisis climática, esto último bajo el sorprendente liderazgo de la famosa activista sueca Greta Thunberg, por entonces aún en edad escolar. Hasta en mi propio país, más conocido por el «modelo del pólder» —la política holandesa de compromisos— que por su espíritu revolucionario, 2018 significó el comienzo de una impresionante serie de demostraciones contra, entre otras cosas, los recortes en sanidad y educación —por primera vez en la historia se manifestaron juntos catedráticos y estudiantes universitarios—, el

folclore racista en torno al paje negro de san Nicolás y la crisis climática.

Y no solo siguió aumentando la temperatura de la atmósfera y se siguieron derritiendo glaciares. Los ánimos parecían calentarse también en todo el planeta. Después de la primavera árabe, como se dio en llamar la ola de protestas masivas que tuvieron lugar en 2010 en Túnez, Egipto, Libia, Siria, Irán y Yemen, cientos de miles de ciudadanos se alzaron también en la India, Brasil, Venezuela, Chile y Hong Kong contra la pobreza, la violencia, la opresión política o la corrupción. En muchos lugares se batieron récords de participación en protestas ciudadanas. En los Estados Unidos, por ejemplo, hubo varias manifestaciones de más de un millón y medio de personas, como la Women's March (2017), contra la discriminación de las mujeres y la violencia de género, y la Marcha por nuestras vidas (2018), contra la venta libre de armas de fuego en los Estados Unidos. 2018 fue también el año en que la policía norteamericana mató a Stephon Clark, un afroamericano de veintidós años desarmado, lo cual dio pie a la enésima ola de protestas contra la violencia policial. Poco más de dos años después, con el asesinato de George Floyd, las protestas adquirieron proporciones planetarias. El movimiento Black Lives Matter, que había comenzado en los Estados Unidos en 2013, se extendió por todo el mundo.

«Los alzamientos populares siempre se producen de forma inesperada», aprendí aquel otoño de Rosa Luxemburgo (1871-1919) y del movimiento de los chalecos amarillos en Francia. Las protestas masivas casi nunca se orquestan desde arriba. Surgen desde abajo, desde el propio pueblo, y por eso es siempre tan impredecible el momento en que se va a producir un alzamiento. Hay algo inaprensible e incierto en toda lucha política, opinaba Luxemburgo, porque las revoluciones no se producen de acuerdo con una receta, ni responden a los principios de una doctrina, sino que dependen de la voluntad del pueblo, la cual, como demuestra la historia una y otra vez, es muy voluble. Sin embargo, aunque esa inseguridad hace muy difícil organizar un alzamiento, no debemos perder de vista la importancia de la protesta civil como medio para garantizar nuestra libertad de pensamiento y actuación, escribió Luxemburgo en La Revolución rusa (1918). En ese texto, muy crítico con el cariz que

estaban tomando las cosas en Rusia, la pensadora polaca le reprochaba a Lenin, entre otras cosas, el hecho de que hubiera suprimido de inmediato esa libertad en favor de toda una serie reglas dogmáticas —incluida la lealtad al partido único— con las que el líder de los bolcheviques pretendía reducir al mínimo el margen de inseguridad.

Hace más de cien años, Rosa Luxemburgo abogaba por un mundo de justicia económica y social que solo podía hacerse realidad sustituyendo los regímenes dictatoriales del zar ruso y el káiser alemán por el socialismo democrático. Sin embargo, cuando cayeron el zar y el káiser —en 1917 y 1918, respectivamente—, ni Rusia ni Alemania instauraron la democracia basada en asambleas populares que ella había esperado. Hasta el mismo día de su muerte, Luxemburgo siguió criticando con dureza el régimen revolucionario de Rusia y el sistema socialdemócrata de Alemania. Expresar críticas, ofrecer resistencia y alzarse contra la autoridad eran para Luxemburgo actos políticos por antonomasia que daban expresión a la capacidad específicamente humana de decir «no» a las injusticias.

Pero, además de la lucha por la justicia, lo que motivaba a Rosa Luxemburgo era su fuerte anhelo de libertad política, aunque tuviera que pagarla con continuas penas de cárcel. El criterio propio, la independencia de juicio y la libertad de expresión eran para ella infinitamente más importantes que la adhesión al programa de un partido. «La autocrítica es el aliento y la luz de todo movimiento revolucionario», escribió en La Revolución rusa. Según ella, Lenin ejercía una forma dictatorial de poder, aceptaba privilegios para el partido único y quería arrebatarle la libertad al pueblo. Lo que había en Rusia no era su soñado socialismo democrático, que aún seguía «oculto en la niebla del futuro». A Lenin aquello no le hizo ninguna gracia y ordenó quemar todos los ejemplares del ensayo, pero, por suerte para nosotros, no consiguió su objetivo, por lo que disponemos de esa fuente para interpretar mejor la historia.

Fue Hannah Arendt (1906-1975) quien me condujo hacia la obra de Rosa Luxemburgo aquel verano en la campiña francesa, cuando releí Hombres en tiempos oscuros (1968). «¿Cómo logramos que los

sentimientos de humanidad no vuelvan a convertirse en una quimera en tiempos políticamente oscuros?», se preguntó Arendt. Para buscar una respuesta acudió a autores como Karl Jaspers, Bertolt Brecht, Walter Benjamin y Rosa Luxemburgo. El mundo se vuelve oscuro cuando las personas dejan de experimentar un sentimiento de responsabilidad compartida y solo se preocupan por sus intereses individuales, cuando pierden por completo la confianza en la política y le vuelven la espalda a todo lo relativo a la esfera pública. El peligro de esa despolitización es lo que Arendt llama worldlessness, concepto que podría traducirse como «desconexión con el mundo», lo cual, según ella, conduce en casi todos los casos a «alguna forma de barbarie». La cuestión es en qué medida corremos el riesgo de volver a caer en «tiempos políticamente oscuros» ahora que el nacionalismo y la xenofobia vuelven a asomar la cabeza por todas partes, la población pierde la confianza en las instituciones políticas a marchas forzadas y el individualismo alcanza cotas sin precedentes al amparo del pensamiento neoliberal.

En su ensayo sobre Rosa Luxemburgo, Arendt no oculta su admiración por la escritora y política polaca, que en el curso del siglo XX se convertiría en un icono de la lucha contra la injusticia. En primera instancia, me sorprendió el juicio positivo de Arendt, pues yo creía que, dada su posición crítica frente al marxismo, no tendría muy buena opinión del pensamiento de Luxemburgo. Pero estaba equivocada. Arendt califica de «genial» el texto de Luxemburgo sobre la distribución de la riqueza —La acumulación del capital (1913)—, el cual describe la forma en que los recursos financieros van a parar a manos de un pequeño grupo de empresas y particulares, y elogia tanto su anhelo de libertad política como su llamada a ofrecer resistencia por la vía pacífica. Hacia el final de su ensayo, Arendt se pregunta «si la historia tomaría otro cariz vista a través de la vida y la obra de Rosa Luxemburgo».

Aquello bastó para despertar mi interés. Mientras las protestas en la Borgoña adquirían un carácter cada vez más ruidoso y aparecían en paredes y paradas de autobús los primeros carteles exigiendo la dimisión de Macron, empecé a leer el trabajo de Luxemburgo. Admito que nunca había leído nada de ella, tal vez porque me echaba un poco para atrás el culto que hay en torno a su persona.

Sin embargo, para mi sorpresa, no solo descubrí puntos comunes con mi propia obra —como la creciente presión laboral en una sociedad en la que el tiempo es dinero, además del estrés, la desesperación y la alienación que sufrimos como consecuencia de ello—, sino también conceptos que desempeñan un papel importante en la obra de Arendt, como la espontaneidad, la libertad política y las asambleas populares.

Rosa Luxemburgo, nacida en Polonia a finales del siglo XIX en el seno de una familia judía, estaba convencida de que los alzamientos populares surgen siempre de forma espontánea, desde el pueblo. Para ella, al igual que para Arendt, el concepto de espontaneidad remitía a la libertad de las personas para iniciar algo nuevo capaz de producir la necesaria disrupción o desmantelamiento del viejo sistema. Las condiciones para que se produzca una intervención espontánea de ese tipo son espíritu crítico, compromiso político y entusiasmo, y los medios que tiene el pueblo a su disposición no son solo las manifestaciones y las huelgas, sino también la organización de conferencias y debates, la divulgación de ideas en periódicos, ensayos y panfletos y, muy importante, la agrupación de voces críticas en asociaciones particulares desde las cuales se puedan poner en marcha acciones políticas concretas.

Interrumpir el trabajo, salir a la calle, alzar la voz y organizarse en agrupaciones políticas: esos eran, según Luxemburgo, los medios más efectivos para provocar un cambio. A principios del siglo XX viajó por Europa para concienciar a las clases más bajas de la población de su capacidad de intervención política y hacerles ver «la insufrible existencia que han soportado pacientemente durante demasiado tiempo atados por las cadenas del capitalismo», como escribió en Huelga de masas, partido y sindicatos (1906). Luxemburgo era también una pensadora política con importantes objetivos pedagógicos y emancipadores. Uno de sus caballos de batalla era la igualdad de oportunidades formativas para todo el mundo. Durante años impartió clases en una escuela superior, donde era una docente muy apreciada. Adquirir conocimientos es imprescindible para pasar a la acción de manera espontánea. Pero lo más sorprendente es que, según ella, lo mismo ocurre a la inversa, porque, como dice una de sus frases más conocidas, «quien no se mueve no siente sus cadenas».

Además de Polonia, Rusia y Suiza, durante aquel viaje por Europa también visitó Holanda, donde el apoyo al socialismo democrático había crecido mucho desde la huelga ferroviaria de 1903, y donde entabló amistad con poetas y políticos como Henriette Roland Holst, Pieter Jelles Troelstra y Herman Gorter. En 1904, el público acudió en masa al palacio de conciertos de Ámsterdam para oírla hablar sobre la necesidad de justicia económica y solidaridad internacional, que según ella faltaban muchas veces a causa de las disputas entre los distintos grupos sociales. «Quien veía a Rosa Luxemburgo aquellos días en Ámsterdam», escribió Henriette Roland Holst en su biografía de la activista polaca (1935), «cimbreando las caderas por las calles soleadas, con la relajación floreciendo en su rostro tras largas horas de esfuerzo hablando en público, y oía su voz y su risa de encantadora audacia, conservaba luego el recuerdo de una persona extraordinariamente atractiva». La imagen que emerge de ella en sus cartas y en las biografías de Nettle (1967), Frölich (1967) y Hetmann (1976) es la de una política comprometida con la humanidad, una intelectual muy aguda que a veces les cerraba la boca a sus contrincantes políticos con burlas mordaces, y una activista apasionada que consideraba su misión luchar contra la injusticia y la pobreza en el mundo.

2

Lo primero que leí aquel verano de Rosa Luxemburgo (1871-1919) fueron sus cartas, con las cuales me ganó de inmediato para su causa. Además de estar escritas con un estilo vibrante, las cartas de Luxemburgo ponen de manifiesto su gran pasión por la literatura, la música y el arte —con Goethe, Mozart y Rembrandt como favoritos — y dan fe de sus incansables muestras de lo que Hannah Arendt llamaría luego amor mundi: un profundo sentimiento de amor y responsabilidad por el mundo. «En cualquier lugar del mundo me siento en casa», escribió desde la prisión en una carta de 1917. «Mi hogar está en cualquier sitio donde haya nubes y pájaros y lágrimas humanas». En aquel momento, de hecho, tampoco disponía de mucho más que de unas cuantas «prodigiosas nubes rojas por encima de la muralla de la fortaleza» o el canto de un carbonero al

otro lado de los barrotes de la prisión. Su mundo estaba reducido a una celda fría y oscura en la que se esforzaba por sentirse en casa con un par de esquejes en una maceta y unos cuantos libros.

Allí escribió sus famosas Cartas de la prisión, que, tras su publicación original, en 1920, tuvieron que esperar más de medio siglo a una reedición, pero ahora, gracias a las numerosas traducciones disponibles, encuentran nuevos lectores en todo el mundo. La edición ampliada en inglés —The Letters of Rosa Luxemburg (Verso, 2011)—, que incluye nada menos que doscientas cincuenta cartas, fue recibida por muchos críticos con abundantes elogios. Desde un punto de vista meramente literario, la correspondencia de Luxemburgo está entre las más interesantes del siglo XX. «El espectáculo que vino a continuación [después de la tormenta] no lo olvidaré jamás», le escribió a Sophie Liebknecht (también conocida como Sonia) en mayo de 1917. «La lluvia caía lenta y monótona sobre las hojas y, de vez en cuando, un resplandor púrpura iluminaba fugazmente el gris plomizo del cielo. Los truenos sonaban cada vez más lejanos, de la misma forma que las olas van perdiendo fuerza progresivamente después de una marejada. Y de pronto, en medio de esa escena de luces fantasmagóricas, en el arce que hay delante de mi ventana, empezó a catar un ruiseñor. En medio de la lluvia, los relámpagos y los truenos, cantaba como una sonora campanilla, como si, embriagado y poseído por algún afán irreprimible, pretendiera ahuyentar la tormenta y disipar las tinieblas. Jamás había oído algo tan hermoso. Su canto añadía un brillo de plata al cielo alternativamente plomizo y purpúreo. Era todo tan misterioso y de una belleza tan inefable que recité en voz alta, sin darme cuenta, el último verso de aquella poesía de Goethe: O wärst Du da... (“¡Ay, si estuvieras aquí!”)».

El estilo de sus cartas es muy distinto al de sus textos políticos, que tienen un tono más luchador y están escritos con el lenguaje marxista de la época, por lo que hoy en día suenan un tanto planos y anticuados. Las cartas, sin embargo, rebosan de originalidad y voluntad estilística propia. En «Una heroína de la revolución», ensayo publicado por la revista New Yorker en 1966, Hannah Arendt describe las cartas de Luxemburgo como textos «auténticamente poéticos de un carácter humano conmovedor». Y eso es lo que son, en efecto. Pocas veces he leído una

correspondencia en la que la voz se dirija a mí tan de cerca y con tanto poder evocador, como si fueran frases escritas ayer en vez de hace cien años. Además, según Arendt, las cartas «desmienten por completo la imagen que se crearía después de Rosa como una mujer sanguinaria». De hecho, afirma Arendt, Luxemburgo era la «más antimilitarista» de todos los revolucionarios de su tiempo, opinión basada sin duda en las historias de su marido, Heinrich Blücher, que luchó junto a Luxemburgo y Liebknecht durante el alzamiento espartaquista de Berlín de 1919.

Además de adquirir conocimientos sobre el mundo y la naturaleza, la aspiración más noble de un ser humano es tratar de ser una buena persona —ein guter Mensch zu sein—, algo que hoy en día se considera un insulto en determinados círculos. «No pierdas nunca de vista el hecho de que eres un ser humano», le escribió a Sophie. «Comportarse como un ser humano y ser buena persona es lo más importante de todo. Y eso significa actuar con determinación, claridad y alegría. Sí, alegría, a pesar de todo». Las cartas de Luxemburgo son, en efecto, llamativamente alegres, sobre todo teniendo en cuenta las difíciles circunstancias en que las escribió, en las inhóspitas prisiones donde estaba hacinada con muchos otros prisioneros «como arenques en un tonel» a causa de un comentario burlesco sobre el káiser.

Entre 1916 y 1918 estuvo encerrada por sus convicciones pacifistas y sus repetidas llamadas a «no tomar las armas contra nuestros hermanos». En agosto de 1914 se había llevado una gran desilusión cuando su propio partido, el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), votó a favor de un aumento de los créditos de guerra y se alineó junto al káiser en la lucha contra Francia. Luxemburgo no llegó a comprender nunca cómo era posible que sus compañeros de partido no se dieran cuenta de que aquello conduciría a una guerra devastadora que afectaría, sobre todo, a las propias bases del partido. Desde la cárcel siguió ejerciendo una oposición radical a la guerra, que según ella solo atendía a intereses imperialistas como el reparto de las colonias. En otoño de 1918, cuando terminó la Primera Guerra Mundial, recuperó por fin la libertad. El conflicto le había costado la vida a más de quince millones de personas y fue, con ello, uno de los más sangrientos de la historia. A partir de aquel momento, sin embargo, los días de Rosa Luxemburgo estaban

contados. Pocos meses después, el 15 de enero de 1919, durante la breve revolución que estalló en la Alemania posbélica, fue asesinada a sangre fría.

Cuando leí sus cartas, aquel verano, en la Borgoña, no solo me cautivaron la agudeza de sus análisis y la fuerza poética de sus palabras, sino también el tono esperanzador con el que están escritas. Durante todos aquellos años, con excepción de alguna que otra rara visita, la única compañía que tenía era la que le ofrecían sus esquejes y los pájaros que se acercaban a su ventana. Y, a pesar de ello, siguió trabajando y escribiendo sin perder el coraje y nunca abandonó la esperanza de que llegaran tiempos mejores. Cual bengalas luminosas, enviaba sus epístolas por encima de los muros de la prisión a sus amigos del mundo exterior en un intento de aplacar su desesperación y su desaliento. Una y otra vez repetía que «todo acabará bien» o «se transformará como por arte de magia en algo grande». Y no solo trataba de insuflar esperanza a sus amigos, sino que también los remitía a la belleza de la naturaleza, la poesía o el arte, para que les sirvieran de techo y los hiciera sentirse más en casa en el mundo. Continuamente les recomendaba libros —mucho Goethe, Dostoievski, Korolenko y Anatole France— y música, como el Ave María de Gounod, las obras de Mozart o los lieder de Hugo Wolf.

En una carta de noviembre de 1917, le escribió a Sophie, la mujer de Karl Liebknecht: «¿Sabes, Soniuska? Cuanto más tiempo pasa y más extremos son los viles y monstruosos hechos que tienen lugar cada día, mayores son mi calma y mi determinación. Los elementos, al igual que una inundación o un eclipse, no se pueden analizar desde un punto de vista moral. Solo cabe mirarlos como objetos de estudio. (...) Tengo la impresión de que esta bahorrina moral que estamos vadeando, este enorme manicomio en el que vivimos, se puede transformar de la noche a la mañana, como por encanto, en lo contrario, en algo grande y heroico. (...) Tanto en la esfera social como en la vida privada, hay que aceptar las cosas como vienen: con serenidad, valor y una sonrisa. Estoy convencida de que después de la guerra todo tomará un rumbo mejor...».

¿De dónde extraería la esperanza para, después de dos años de prisión, escribir semejantes cartas? ¿Cómo fue capaz de seguir

luchando hasta el último momento contra la guerra con artículos y panfletos que había que sacar de contrabando de la prisión? Debo admitir que sus cartas cambiaron por completo la imagen que tenía de «la Rosa roja», de quien se decía que enviaba a la gente a las barricadas revolucionarias en vano. Ya en la primera lectura, el estereotipo creado tanto por la izquierda como por la derecha de Rosa Luxemburgo como política inflexible dio paso a un retrato más realista de una mujer inteligente, valiente y comprometida con el mundo que escribía sobre temas de lo más diversos con una mirada muy aguda y una pluma más aguda todavía. Desde mimosas en flor hasta cuestiones políticas y económicas, y desde el canto de los gorriones y los carboneros hasta las literaturas rusa, polaca y alemana, había pocas cosas que no contaran con el interés de Rosa Luxemburgo.

Uno de los ejemplos más conmovedores es la carta que escribió a Sophie Liebknecht en la Navidad de 1917: «Ya es la tercera Navidad que paso entre rejas. Pero no te lo tomes de forma demasiado trágica. (...) Aquí estoy, tendida, sola, envuelta entre los pliegues de la oscuridad, el hastío, el cautiverio y el invierno, a pesar de lo cual mi corazón palpita con un incomprensible gozo interior, con una alegría nueva para mí, como si me paseara por una pradera florida bajo un sol radiante. Y, en las tinieblas de mi calabozo, sonrío a la vida, como si poseyera algún mágico talismán cuya virtud transformara todo lo lúgubre y triste en claridad y dicha. (...) Yo creo que el secreto está en la propia vida, tal y como es. Las densas tinieblas de la noche son bellas y suaves como el terciopelo si una sabe mirarlas bien. (...) En esos momentos pienso en ti, y ¡con cuánto gusto te prestaría ese talismán, para que tú también pudieras exprimir la belleza y alegría que hay en todas las situaciones de la vida, para que tú también vivieras bajo su encanto y caminaras por la vida como si fuera un campo de flores. (...) Pero no pienses que quiero lastarte con ascetismo o gozos imaginarios. No, yo deseo para ti gozos reales y sensibles. Solo quiero compartir contigo mi inagotable alegría interna, para abrazar la tranquilizadora idea de que vas por la vida envuelta en un manto bordado de estrellas que te protege contra la vileza, la vulgaridad y la angustia. (...) Soniuska, amiga mía, conserva la calma y la serenidad a pesar de todo. La vida es así y hay que tomarla como viene, con valor, la frente bien alta y la sonrisa en los labios».

Esas esperanzadoras palabras también inspiraron a Hannah Arendt, que terminaba su ensayo sobre Rosa Luxemburgo en el New Yorker (1966) diciendo: «Me gustaría creer que todavía hay esperanza de un reconocimiento tardío para Rosa Luxemburgo y su obra, de la misma forma que me gustaría confiar en que al final obtenga el lugar que se merece en las ciencias políticas». Y todo parece indicar que, más de medio siglo después, se van a hacer realidad esos deseos. Basta con ver la frecuencia con que se reedita en la actualidad la obra de Luxemburgo y la gran cantidad de conferencias internacionales que se han celebrado en los últimos años sobre su trabajo en ciudades como París, Berlín, Madrid, Seúl, Ámsterdam o Chicago. También han proliferado en la última década los ensayos y estudios sobre su legado, entre los que, por nombrar algunos, se cuentan Women in Dark Times (2014), de Jacqueline Rose; Rosa Luxemburg: Her Life and Legacy (2013), de Jason Schulman; Pensées rebelles (2010), de Diane Lamoureux; Rebellinnen (2018), de Simone Frieling; The Legacy of Rosa Luxemburg (2015), de Norman Geras; Rosa Luxemburg (Critical Lives) (2020), de Dana Mills; y La Rosa roja (2018), la sublime novela gráfica de Kate Evans.

Tal vez pueda decirse que la esperanza tiene un efecto cegador, pero tenemos la certeza casi absoluta de que sin esperanza nunca cambiará nada. Rosa Luxemburgo estaba convencida de que no podíamos seguir por el mismo camino y abogaba por un cambio de rumbo. Mientras hay vida, hay esperanza. Abandonar la esperanza equivale a tirar la toalla de antemano. En estos tiempos de inquietud e incertidumbre crecientes, necesitamos perspectivas esperanzadoras para poder alzar la cabeza después de las decepciones y soportar nuestra conciencia de que la vida no solo es transitoria, sino que implica pérdida. Sin esperanza no podemos creer en la promesa de un nuevo comienzo, ni en la posibilidad del cambio.

En Esperanza en la oscuridad (2004), la escritora y activista americana Rebecca Solnit afirma que «la esperanza es un regalo al que no tienes que renunciar nunca, una capacidad que no debes tirar por la borda». Rosa Luxemburgo, en cualquier caso, no desperdiciaba esa capacidad. Sus cartas demuestran una y otra vez que la esperanza era uno de los resortes más importantes de su

lucha política. Cabría preguntarse, sin embargo, cuánta gente sigue considerando esa fuerza motivadora algo tan natural como era para Luxemburgo. «Muchos, especialmente nuestros rivales políticos, nos quieren hacer creer que no hay motivos para la esperanza», escribe Solnit, «y que, por lo tanto, no tiene sentido entrar en acción». Luxemburgo estaba convencida, desde su juventud, de que el capitalismo, tanto desde un punto de vista humanitario como ecológico, era un sistema destructivo que había que transformar en otro modelo socioeconómico, mientras que la mayoría de nosotros ni siquiera creemos que haya otro sistema posible. Pero así no vamos a ningún sitio. ¿Cómo podemos abordar los problemas de nuestro tiempo si observamos el mundo con una mirada escéptica e incluso cínica?

Rebecca Solnit nos recuerda a lo largo de todo su ensayo la importancia de no perder nunca la esperanza, porque, a pesar del aumento de la desigualdad y la amenaza que supone la crisis climática, según ella también se perciben tendencias positivas, como el creciente número de grupos de protesta contra la violencia étnica y de género, la gran cantidad de nuevos movimientos de base en la lucha contra la política climática, y las críticas, muchas veces por parte de prestigiosos economistas, a lo que se ha dado en llamar «hipercapitalismo». Bajo el punto de vista de Solnit, albergar esperanza significa no cerrar los ojos ante la injusticia, sino identificar las consecuencias de la misma y buscar formas de mejorar la situación existente. No obstante, lo que nos cuenta la activista americana no es una historia ingenua del tipo «todo va a salir bien». Lo que a ella le interesa son las historias esperanzadoras en las que brillan oportunidades y posibilidades en el horizonte.

«Tendremos que extraer esperanza de las historias de otros», opina también el filósofo albanés afincado en Bruselas Bleri Lleshi en De kracht van hoop («El poder de la esperanza»), de 2018. «En estos tiempos de cinismo exacerbado, la esperanza se ve cada vez más como algo propio de gente ingenua, mientras que es precisamente la esperanza lo que podría impulsarnos hacia delante», escribe Lleshi en ese ensayo inspirado en la vida y el trabajo de Martin Luther King. Escuchar bien y observar con atención todo lo que ocurre a nuestro alrededor son las condiciones necesarias para descubrir iniciativas esperanzadoras en medio de tantas malas

noticias. El filósofo judío Ernst Bloch lo llamaba «el funcionamiento del principio de la esperanza». En su magnum opus sobre ese concepto, el imponente ensayo de más de mil páginas titulado El principio esperanza (publicado en tres volúmenes entre 1954 y 1959), Bloch defiende con argumentos muy plausibles que la esperanza es el sentimiento que puede estimular al hombre a no darse por satisfecho con el estado de un mundo dirigido por fuerzas destructivas. Partiendo de distintos análisis de carácter político y filosófico y estableciendo vínculos con los mitos, las sagas, la música, el arte y la literatura, Bloch pone de manifiesto hasta qué punto, a pesar de nuestra conciencia melancólica de la transitoriedad de todas las cosas, somos criaturas motivadas por la esperanza y el anhelo. Y es justo esa capacidad de albergar esperanza lo que nos permite observar con mirada crítica el statu quo actual, buscar nuevos caminos e impulsar cambios duraderos tanto en la sociedad como en nosotros mismos. De lo que se trata, escribió Bloch, es de «volver a aprender a albergar esperanza, porque la pasión de la esperanza ensancha la mirada de las personas, en vez de estrecharla».

La esperanza no es un concepto esotérico, sino una condición para ofrecer resistencia y romper el silencio con el que se aprueba de forma tácita el estado actual de las cosas. La esperanza es el contrapunto de la melancolía, evita que nos dejemos llevar demasiado por sentimientos de nostalgia y pérdida y nos ayuda a concentrarnos en aquello que todavía no hemos alcanzado. Esas dos palabras, «todavía no», resumen de forma certera el poder de la esperanza. «El tiempo es esperanza», escribió Bloch, ofreciendo con ello una de las definiciones del tiempo más concisas de la historia. Las personas no somos construcciones acabadas. De una mesa se puede decir que está «terminada», pero las personas, gracias a nuestra conciencia del tiempo, nuestra capacidad lingüística y nuestra imaginación, tenemos un «sustrato de posibilidades» cambiantes y avanzamos continuamente hacia el horizonte del «todavía no». Con los debidos conocimientos y la debida atención, a veces podemos vislumbrar ese «todavía no». Según Bloch, el arte, la música y la poesía pueden agudizar nuestra intuición para ello, pues son disciplinas que operan entre lo posible y lo imposible, lo decible y lo indecible, lo seguro y lo inseguro. En ese punto, Rosa Luxemburgo habría estado absolutamente de acuerdo con él.

Hannah Arendt opinaba que «en los tiempos más oscuros» debemos dirigir nuestras esperanzas a aquello que pueda «arrojar luz» sobre la época en que vivimos. Para ello, no bastará observar con lupa el presente, sino que también habrá que escarbar «en las profundidades del pasado», pero no por un anhelo nostálgico de otros tiempos, sino para comprender mejor lo que está ocurriendo en este momento (Hombres en tiempos oscuros). Los pensadores y poetas que nos han precedido pueden ser esas luces que nos ayuden a ver con claridad el presente. En un ensayo de 2018 para De Correspondent, Rebecca Solnit también hacía hincapié en el hecho de que, para poder avanzar, primero debemos estudiar bien el pasado: «Tenemos un pasado lleno de victorias y revoluciones que, aunque casi nunca se mencionan o se avivan, pueden darnos la confianza necesaria para creer que podemos cambiar el mundo. Para remar hacia delante hay que sentarse mirando hacia atrás, y contarnos la historia nos ayuda a navegar en dirección al futuro». Albergar esperanzas significa, por último, estar bien preparado para aquello que aún no ha nacido, y no desesperar si tarda más en llegar de lo que hubiéramos deseado.

Aquel verano de 2018 en la Borgoña me había propuesto buscar conceptos filosóficos que me ayudaran a agudizar y ampliar mi noción del concepto de esperanza. La secuela de aquel trabajo de prospección iba a ser mi ensayo sobre la melancolía —La melancolía en tiempos de incertidumbre (2017)—, sentimiento que necesita, entre otras cosas, esperanza para no transformarse en bilis negra. Sin embargo, en vez de un concepto encontré una persona, Rosa Luxemburgo, que tanto en su pensamiento como en sus actos se dejó guiar por la esperanza de un mundo mejor. El 15 de enero de 2019 se cumplían cien años de la muerte de Rosa Luxemburgo, asesinada junto a su amigo y cómplice político Karl Liebknecht durante un alzamiento popular en Berlín. ¿Quién fue esa pensadora y política de origen judío nacida en Polonia? ¿Y por qué ha renacido el interés por su obra en nuestros días?

«Lo más revolucionario que puedes hacer es proclamar a voz en grito lo que está ocurriendo en este momento», escribió Rosa Luxemburgo. Y eso es precisamente lo que hizo ella desde muy joven. Nacida el 5 de marzo de 1871 en la localidad polaca de Zamos´c´ —en aquel momento bajo autoridad rusa—, se mudó con su familia a Varsovia siendo todavía una niña. Allí la admitieron en el liceo a modo de gran excepción —era la única alumna judía— y tuvo ocasión de conocer los poco sutiles métodos del régimen zarista. Estaba prohibido, por ejemplo, hablar polaco, y cualquier intento de resistencia se sancionaba con dureza. Como hija de judíos polacos, además, la trataban como estudiante de segunda categoría. A pesar de terminar la escuela secundaria con las notas más altas, no le entregaron la medalla de oro al mérito escolar que correspondía, oficialmente por «actitud rebelde contra la autoridad», pero en realidad por su origen judío. Aquello no haría sino agudizar su espíritu crítico.

A los quince años, consciente de la pobreza y las miserables circunstancias en que vivía la amplia mayoría de la población de Varsovia, se afilió al partido revolucionario de Polonia y empezó a leer la obra de Karl Marx. Enseguida se convenció de que la única forma de acabar con la «lucha de clases» creada por el capitalismo entre un pequeño grupo de ricos privilegiados y la gran mayoría formada por obreros, soldados, artesanos y funcionarios era instaurar una forma de socialismo democrático. Nunca dudó en proclamar abiertamente esa opinión, lo cual le causó graves problemas desde muy joven. A los dieciocho años tuvo que abandonar el país escondida entre heno en el carro de un campesino. Con papeles ilegales viajó a Zúrich, que en aquella época acogía a socialistas y disidentes rusos, polacos y alemanes y, además, era la única ciudad europea donde admitían mujeres en la universidad. Allí terminó sus estudios de filosofía, economía y derecho y obtuvo la calificación summa cum laude con una tesis titulada «El desarrollo industrial de Polonia». Durante esa etapa conoció a Leo Jogiches, con quien tuvo una breve relación sentimental y con quien siguió colaborando durante toda su vida. Juntos formaban el núcleo del partido socialdemócrata de Polonia y Lituania, el SDKPiL.

En 1893, Luxemburgo representó al partido revolucionario polaco

en el tercer congreso de la Segunda Internacional, en Zúrich, donde fue la única mujer participante. Entre los asistentes había cientos de socialistas europeos, como el francés Jean Jaurès, el alemán August Bebel y los holandeses Domela Nieuwenhuis y Pieter Jelles Troelstra, además de algunos representantes de partidos socialdemócratas de los Estados Unidos y Brasil. Testigos presenciales como Troelstra hablan de la gran impresión que causó en el congreso la jovencísima Rosa Luxemburgo, que entonces tenía veintidós años. En su fervoroso discurso habló del partido socialdemócrata de Polonia, que por primera vez participaba en el congreso de la Internacional y, a pesar de la enconada lucha diaria contra «el despotismo y el zarismo» rusos, no dejaba de crecer. También subrayó las grandes diferencias de contexto en la lucha política de los distintos países, y recordó que, mientras los socialdemócratas occidentales actuaban con toda libertad y obtenían una victoria tras otra, «en los países del Este ponemos en juego a diario nuestra libertad y nuestra vida».

En el archivo del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam se conservan varias cartas de Rosa Luxemburgo a sus contactos holandeses de aquella época. Entre ellos estaba Henriette Roland Holst, que, en 1935, en una de las primeras biografías de Luxemburgo, la describía de la siguiente manera: «Su voz grave y clara, su extraordinaria dicción, su gran autodominio y la seguridad con que se dirigió al público en un congreso me causaron una profunda impresión». También habla de su «temperamento apasionado» —lo cual hacía que chocara a veces con otros miembros del partido— y de su «aguda ironía y su mordacidad», y concluye que era «la representante más audaz y genial del socialismo romántico radical». El adjetivo «romántico», sin embargo, probablemente habría hecho fruncir las cejas a Luxemburgo, aunque sin duda habría agradecido que Holst se refiriera a ella como «una persona de profunda calidez humana» que «nunca era cruel o grosera en sus críticas a los demás, a pesar de lo despiadados que eran los demás con ella». Porque Luxemburgo tuvo que soportar críticas muy duras durante toda su vida, en la mayoría de los casos, críticas de un neto carácter antisemita o misógino. A pesar de ello, Rosa Luxemburgo se mantuvo firme en el mundo regido por hombres de la Internacional confiando siempre en sus conocimientos, su vitalidad y sus

cualidades retóricas. Después de sus estudios, parte de los cuales realizó en París, Rosa Luxemburgo se instaló en Berlín en 1898, donde desempeñaría un papel prominente en el SPD. Allí entabló amistad con políticos como Karl Kautsky, Clara Zetkin y Karl Liebknecht, que, al igual que ella, se encontraban en el flanco izquierdo del partido, y no eludió el debate con miembros más moderados como Eduard Bernstein, que opinaba que una reforma progresiva del capitalismo también podía constituir una vía para mejorar las circunstancias vitales de los trabajadores. Luxemburgo, sin embargo, no creía que ese fuera el camino para acabar con la inmensa pobreza y la miseria social, porque no suponía un cambio fundamental en el control tradicional del poder y la producción del Estado imperial y militar de Alemania. Sus artículos sobre la cuestión se recopilaron, en 1899, en un libro titulado ¿Reforma social o revolución? Las reformas nunca estaban de más, naturalmente, pero, según ella, no bastaban para deshacer el pacto entre la Alemania imperial y el capitalismo.

La única forma de frenar el avance internacional del socialismo era, bajo el punto de vista de Luxemburgo, implementar una forma de economía cooperativa y una democracia socialista basada en «asambleas populares» para que los ciudadanos pudieran participar en el proceso de toma de decisiones políticas. Basándose en el análisis de Marx de la Comuna de París (1871), Luxemburgo llegó a la conclusión de que había que añadir asambleas populares a la democracia parlamentaria, porque era la única manera de que la población pudiera intervenir de verdad en cuestiones políticas importantes. Hannah Arendt retomaría más tarde la propuesta de Luxemburgo en Sobre la revolución (1966) y definiría las asambleas populares como «oasis en el desierto parlamentario». La democracia directa no solo puede ser una forma de estimular el compromiso político y el sentido de comunidad de los ciudadanos, sino también un mecanismo para frenar el avance de los líderes extremistas. Tanto Luxemburgo como Arendt, además, opinaban que las cuestiones políticas son demasiado importantes como para dejarlas en manos de los políticos.

Esas asambleas populares no solo podían mejorar las circunstancias vitales y laborales de los trabajadores, sino que también eran una forma de crear una economía que proveyera a todo el mundo de lo

necesario de forma igualitaria, puesto que los métodos de producción pasarían a ser cooperativos en vez de capitalistas, y los trabajadores tendrían el control del proceso productivo y serían copropietarios de las empresas. En vez de un modelo económico basado en la maximización del beneficio para unos pocos, se implementaría un sistema de usufructo compartido y responsable de los bienes, las tierras y la mano de obra. «La finalidad de la producción no puede ser el enriquecimiento de unos pocos individuos», escribió Luxemburgo en un artículo titulado «La socialización de la sociedad» (1918), «sino la satisfacción de las necesidades de toda la comunidad». El objetivo de la economía debía ser «proporcionar a todo el mundo una vida digna, con suficientes alimentos y oportunidades culturales». Para ello había que «socializar» las grandes empresas e industrias, un eufemismo de «expropiar», de forma que dejaran de ser propiedad particular de la dirección y los accionistas, y pasaran a pertenecer a todos los trabajadores de la empresa cooperativa y toda la comunidad.

Desde la perspectiva del siglo XXI, con el caso de la Unión Soviética todavía fresco en la memoria, ese tipo de propuestas producen cierto espanto. Al menos, ese es el efecto que me producen a mí. Sin embargo, es importante comprender que Luxemburgo escribió ese texto mucho antes de que el socialismo derivara en totalitarismo, algo contra lo que ella misma fue una de las primeras en advertir. Para mí tranquilidad, además, añade que las expropiaciones, por supuesto, «no son aplicables para artesanos o pequeños agricultores y ganaderos que se ganan el pan con su taller o su trozo de tierra, sino para los grandes industriales» y las empresas en las que la relación entre los beneficios obtenidos y los salarios de los trabajadores había alcanzado un desequilibrio exagerado. «Todo aquel que realice un trabajo útil, ya sea manual o intelectual, tiene derecho a recibir de la sociedad suficientes medios para cubrir sus necesidades, y aquellos que no pueden trabajar —niños, enfermos y personas mayores— también deberán recibir la atención necesaria».

El objetivo de Rosa Luxemburgo era devolver la dignidad a las personas sacándolas de la desigualdad y la pobreza y devolviéndoles la autonomía sobre su vida y su trabajo, en vez de trabajar bajo el control de una directiva. «Nos han arrebatado notre dignité humaine como trabajadores», oí decir aquel otoño de 2018 a

alguien en la radio en Francia, palabras que se repetirían con mucha frecuencia durante los meses posteriores. Rosa Luxemburgo escribió que «actualmente, el trabajo es un martirio para mucha gente». Por eso, según ella había que prestar especial atención a «la salud moral y física de los trabajadores» y estimular el entusiasmo en el trabajo con la introducción de «jornadas más cortas, mayor diversidad de tareas y nuevas formas de descanso, de forma que todo el mundo se sienta motivado y pueda ejercer sus tareas con sentido de la dignidad y la responsabilidad».

El descanso, la formación y el desarrollo personal continuo eran esenciales para Rosa Luxemburgo. Según ella, el ser humano no es un producto «terminado», sino que se encuentra en continuo desarrollo. Por eso luchaba por la emancipación de todas las personas, de forma que cada uno se pueda desarrollar en la dirección más adecuada para su carácter, en vez de alienarse progresivamente a causa del trabajo y desperdiciar el talento y las posibilidades que hay dentro de cada uno. Marx ya había acuñado el término «alienación» en sus Cuadernos de París (1847), y Luxemburgo lo retomó luego. El hombre, reducido a un pequeño engranaje de un inmenso sistema productivo, no solo se aliena con respecto a su trabajo, sino también con respecto a sí mismo y a los demás. El capitalismo, además de obligar a los trabajadores a producir a un ritmo cada vez más elevado —negándoles el tiempo para su desarrollo personal—, los coloca en una situación en la que tienen que competir entre sí, lo cual va en contra de la naturaleza social del ser humano.

Para combatir la alienación, además de cambiar el capitalismo por una democracia social, había según Luxemburgo otras herramientas importantes, como el arte, la música, la literatura, la naturaleza y la ciencia. Porque «no solo está alienado y humillado quien no tiene alimentos», escribió, «sino también quien no tiene acceso a los grandes dones de la humanidad».

Mientras profundizaba en la obra de Rosa Luxemburgo, las protestas de los franceses empezaron a adquirir formas muy serias durante las primeras semanas de otoño. Los agricultores bloqueaban las carreteras con balas de heno y arrojaban leche o abono contra los ayuntamientos. Hasta ahí, nada que no hubiéramos visto antes en la campiña francesa. Sin embargo, al cabo de unos días, miríadas de chalecos amarillos empezaron a tomar posesión de las rotondas de Nièvre. De un día para otro, la población local se había puesto de forma espontánea los chalecos amarillos que desde hacía unos años era obligatorio llevar en el coche —una medida que las autoridades francesas debían estar lamentando— y aún no sabíamos cómo juzgar todo aquello. Al principio, la prensa francesa decía que se trataba de agitadores de extrema derecha y populistas, pero enseguida se vio que esa imagen no entroncaba con la realidad y hubo que revisarla, a pesar de que algunos medios —también extranjeros— siguieron insistiendo en ello durante algún tiempo.

Sin la intervención de ningún sindicato o partido político, el pueblo levantó en toda Francia barricadas para bloquear el acceso a las carreteras principales y las autopistas. Los manifestantes se calentaban en las rotondas en torno a fuegos encendidos en grandes barriles y repartían café y bocadillos. A medida que fueron pasando las semanas, en algunos sitios empezaron a poner árboles de Navidad. En el campo una tenía la impresión de estar viviendo una revuelta pacífica y fraternal, pero en las ciudades la cosa era más seria. En París y otras grandes ciudades como Marsella, Burdeos y Toulouse, las protestas dieron lugar durante varios sábados seguidos a grandes manifestaciones que derivaron en batallas campales de manifestantes que lanzaban piedras contra la policía y otros servicios del orden franceses, como las CRS. Sin embargo, a pesar de la violencia, los saqueos de tiendas y la destrucción de coches, la gran mayoría de la población francesa siguió apoyando las protestas. «¿Qué es un escaparate roto o un coche en llamas en comparación con la violencia de la opresión social y la pobreza?», se preguntó retóricamente Édouard Louis en el New Yorker (15-12-2018).

Entretanto, estudiantes y profesores se sumaron a las acciones de los chalecos amarillos, que se definían de forma explícita como movimiento de protesta y no querían vincularse a ningún partido

político. «Los chalecos amarillos no son de nadie y, por tanto, son de todo el mundo», decía el lema. Las protestas empezaron tras el anuncio de la enésima subida de impuestos, esta vez de la gasolina, y en pocas semanas se convirtieron en una auténtica révolution des citoyens. Los ciudadanos habían perdido por completo la confianza en las instituciones políticas de la Quinta República Francesa. Además de la dimisión del Gobierno, los chalecos amarillos exigían un aumento del salario mínimo, la creación de un impuesto medioambiental para la industria de la aviación, la reintroducción del impuesto sobre el patrimonio y una mayor participación ciudadana en la política a través del llamado RIC (réferendum d'initiative citoyenne) y asambleas populares.

En el curso de los meses siguientes se unieron a ellos otros movimientos de protesta, incluidos grupos de acción antirracista, grupos de lucha contra los recortes en la educación y el sector público, y distintos grupos medioambientales. Y, así, se fue configurando una mezcla heterogénea de manifestantes que daba expresión a un sentimiento, muy extendido en la sociedad, de insatisfacción con el capitalismo neoliberal de la élite política que dirige el destino de Francia. Vi las imágenes en la televisión, escuché las tertulias en la radio, leí las opiniones en los periódicos franceses y, en pocas semanas, observé atónita cómo se desarrollaba el alzamiento siguiendo exactamente el mismo patrón descrito por Rosa Luxemburgo en su análisis revolucionario. Justo cincuenta años después de la última gran oleada de protestas en Francia —la revuelta estudiantil de 1968—, en todo el país se volvían a levantar barricadas. Mientras aumentaba el número de participantes en las manifestaciones y subía la temperatura en los debates en televisión —«¿Qué nos está pasando?», se preguntó la escritora Christine Angot al borde de la desesperación—, yo leía el trabajo de Rosa Luxemburgo en busca de una respuesta a esa pregunta.

En Huelga de masas, partido y sindicatos (1906), Luxemburgo hace hincapié en el hecho de que la masa casi nunca se moviliza en reacción a la llamada de un líder político o una agrupación, sino que entra en acción de forma espontánea cuando el sentimiento de injusticia se prolonga demasiado en el tiempo y alcanza un punto de ebullición. Las manifestaciones, huelgas y otras medidas de presión ciudadanas tienen que surgir en el pueblo, pensaba ella,

porque solo en ese caso son fruto de la libertad política y tienen posibilidades de éxito. Primero tiene que haber un alzamiento espontáneo, y luego llega la organización por medio de asambleas ciudadanas u otras formas de consulta. Por último, los grupos de protesta se unen, bajo sus propias condiciones, a sindicatos o partidos existentes, o bien forman nuevos sindicatos y partidos. Esa misma dinámica se vio en España, por ejemplo, entre 2011 y 2015, con el llamado movimiento 15-M.

«Era justo lo contrario de lo que habían dicho siempre los líderes sindicales», escribió el político holandés Jacques De Kadt en 1976 en el prólogo de la primera edición en neerlandés de las cartas de Rosa Luxemburgo. «El tamaño del sindicato no era determinante para la acción de protesta, sino que la acción de protesta era determinante para el crecimiento del movimiento sindical». Una lección de la que no solo deberían tomar nota los sindicatos actuales, cuyo número de miembros desciende de forma dramática desde hace años, sino también los activistas, que no se sienten apoyados por los sindicatos. «La tarea de los sindicatos y los políticos es coordinar y dirigir el final de la protesta, no el principio», dice una de las frases más conocidas de Luxemburgo. El éxito de los movimientos de protesta actuales, como el de los activistas climáticos o los antirracistas de Black Lives Matter, dependerá en gran medida de su capacidad de organizarse solos y del apoyo que consigan después de instituciones políticas establecidas.

Durante el otoño revolucionario de 2018 —y los meses siguientes—, una de las grandes preguntas era, en efecto, si los chalecos amarillos estaban en condiciones de organizarse solos. Más de un año después quedó claro que ese no era el caso, pero la lucha por la justicia socioeconómica y una mayor participación ciudadana no ha terminado todavía en Francia, ni en muchos otros países europeos. La insatisfacción es demasiado grande y está demasiado extendida como para que la cosa quede así. Según agencias de investigación de la Comisión Europea, Oxfam Novib e Index Mundi, entre otros, casi la cuarta parte de la población europea —unos cien millones de personas— vive por debajo del umbral de la pobreza, con Grecia, Italia y Bulgaria como países más afectados. Según el geógrafo social Emmanuel Todd, aproximadamente la mitad de la población

francesa vive de un salario mínimo o un subsidio social. Si añadimos a ello el «precariado», término acuñado por el economista británico Guy Standing para referirse al creciente grupo de autónomos y trabajadores con contratos temporales que apenas ofrecen derechos sociales y laborales, la cantidad de europeos en una situación de inseguridad y potencial pobreza es mucho mayor. Además, como señaló la economista holandesa Mirjam de Rijk en un ensayo publicado en 2018 en la revista De Groene Amsterdammer, «los salarios de los empleados corrientes apenas han aumentado en los últimos años, justo lo contrario de lo que ha ocurrido con los beneficios de las empresas y las instituciones financieras». La hoja de ruta neoliberal que determina el curso de la sociedad y la economía desde hace décadas en Europa, los Estados Unidos y otras partes del mundo, tiene como consecuencia el debilitamiento de la posición de los trabajadores y el refuerzo de las empresas y los propietarios del capital.

Una de las conclusiones más sorprendentes de esos estudios es que la crisis financiera de 2008 apenas supuso un descenso de los beneficios de las empresas, y que, en la mayoría de los países, fueron los trabajadores quienes pagaron los platos rotos. Dicho de otra forma: para evitar el derrumbamiento del sistema financiero hubo que inyectar miles de millones en los bancos, y la factura se la presentaron a la población y el sector público, lo cual tuvo como consecuencia fuertes recortes en educación, sanidad, infraestructura y seguridad social. «Hemos vuelto al siglo XIX», opina el historiador holandés Bas van Bavel. «Al igual que entonces, el mercado es el único mecanismo que determina el precio del capital y el trabajo», lo cual conduce, como se está viendo, a políticas de continuo crecimiento de las empresas —que absorben a sus competidores como estrategia para acaparar el mercado—, aparición de monopolios de facto, moderación de los salarios y demolición de los derechos laborales con la coartada de la flexibilidad.

La cuestión de los límites del capitalismo y la progresiva concentración del poder y el capital también era el tema de la principal obra de Rosa Luxemburgo, La acumulación del capital (1913), en la cual escribía que el capitalismo no caería necesariamente tras una lucha dialéctica con el proletariado, como opinaba Marx. Según ella, era más probable que continuara su

expansión geográfica, puesto que se trata de un sistema económico basado en el crecimiento y la expansión, lo cual conduciría a largas guerras comerciales por el control de las tierras, las materias primas y la mano de obra, hasta esquilmar el mundo entero en nombre del capitalismo, con terribles consecuencias para el ser humano y el medio ambiente.

Según la teoría de Marx, a la larga, todas las formas de trabajo se acabarían convirtiendo en trabajo asalariado medido en forma de tiempo, puesto que el tiempo puede producir plusvalías capitalistas. Una de las formas de aumentar los beneficios era maximizar la diferencia entre el tiempo medio requerido para una tarea determinada y el tiempo mínimo necesario para realizarla, por lo que los trabajadores se verían obligados a producir cada vez más en menos tiempo. En La acumulación del capital, sin embargo, Rosa Luxemburgo explica que el trabajo no asalariado —o retribuido con salarios abusivos— también podía contribuir al aumento del beneficio capitalista. Con ello se refería, en aquella época, al trabajo de los esclavos y los nativos de las colonias, lo que hoy en día llamamos «países de salarios bajos». Al análisis marxista del trabajo asalariado —«el tiempo es dinero»—, Luxemburgo añadía, por tanto, una dimensión espacial. De hecho, la necesidad de continua expansión geográfica para producir a menor precio y abrir nuevos mercados era según ella la esencia del modelo capitalista: «El imperialismo no es una opción libre, sino una ley del capitalismo».

Tras estudiar con detalle ese movimiento circular de producción, apertura de mercados y crecimiento, Luxemburgo fue una de las primeras en ver que ese sistema económico necesita que haya «territorios no capitalistas» para seguir existiendo. De ahí que, ya en 1913, afirmara que el imperialismo y el colonialismo no tienen lugar en una periferia teórica, como decía Marx, sino en el centro del sistema: «El imperialismo es la expresión política de la acumulación del capital». Eso explica también el subtítulo original de su libro, que en algunas traducciones se deja de lado: Una contribución a la explicación económica del imperialismo. En su análisis, Luxemburgo hace una comparación explícita entre la expropiación de los campesinos medievales europeos y las fuerzas destructivas de «la política colonial moderna». The Rosa Luxemburg Reader (2004), una traducción al inglés de la obra completa de la

activista polaca, incluye algunos otros textos sobre la esclavitud, como un artículo de prensa sobre la erupción volcánica de 1902 en la isla de Martinica, colonia francesa, en el que acusa a los países europeos de hipocresía cuando ofrecen ayuda a las víctimas de catástrofes naturales, y olvidan que llevan siglos oprimiéndolos con violencia colonialista.

La conclusión de que el capitalismo siempre necesita algo fuera del capitalismo para crecer y subsistir —que Hannah Arendt califica de «genial» en su ensayo sobre Rosa Luxemburgo y retomaría en Los orígenes del totalitarismo (1951)— arrojó también en su época una nueva luz sobre el colonialismo. En sus cartas, Luxemburgo alude asimismo a la necesidad de crecimiento y expansión del capitalismo, lo cual conduce a la esquilmación de las materias primas, la destrucción del entorno natural y la grave contaminación del medio ambiente. Lo que no podían imaginar Rosa Luxemburgo y Hannah Arendt era que el capitalismo también encontraría territorios por explotar en el dominio privado de las personas —con la venta masiva de datos personales en el ámbito de internet— y llegaría a comercializar la sanidad y la educación.

En La era del capitalismo de la vigilancia (2019), la economista británica Shoshana Zuboff escribe que empresas como Google y Facebook invaden nuestro dominio privado con una nueva forma de capitalismo. A cambio de servicios digitales gratuitos, analizan nuestro comportamiento y venden esos datos sin nuestra autorización a la industria de la publicidad y otras empresas comerciales. Con ello, no solo violan nuestro derecho a la privacidad y hacen uso indebido de nuestra propiedad intelectual, sino que adquieren información y poder sobre nosotros sin ninguna forma de control democrático, lo cual redunda en su beneficio y en el de aquellos que compran la información con fines políticos o comerciales. Según Zuboff, el «capitalismo de la vigilancia» socava nuestro Estado de derecho y nuestras democracias. Como consecuencia de la digitalización integral de nuestras vidas, los tentáculos del capitalismo llegan hasta todos los rincones de nuestra esfera privada, incluidos nuestros expedientes médicos y nuestros currículums. «Antes éramos nosotros quienes rastreábamos Google», resume Zuboff su libro en una entrevista con The Guardian (20-01-2019); «ahora es Google quien nos rastrea a nosotros».

Dado que el capitalismo ya no dispone casi de territorios para continuar con su expansión geográfica, lo que hace ahora es invadir nuestra esfera privada y el sector público —con la comercialización de la sanidad y la educación— para seguir con el imprescindible proceso de apertura de nuevos mercados. En los años ochenta del siglo pasado, algunos historiadores alemanes de la escuela de Bielefeld ya intuyeron esa invasión del ámbito privado al observar la aparición del «mercado de la maternidad» —para la explotación de mujeres en situaciones precarias como madres de alquiler— y la comercialización de otras prácticas médicas. La consecuencia, por ejemplo, es el creciente poder de la industria farmacéutica y la mercantilización de la sanidad, «territorios no capitalistas» que han caído en las garras del mercado libre, con las graves consecuencias que ello acarrea. Esa expansión capitalista, orientada de forma exclusiva a la obtención de beneficios y rendimiento económico a corto plazo, choca frontalmente con los intereses de los ciudadanos.

«Hoy en día, toda la riqueza está en manos de unos pocos terratenientes y capitalistas particulares», escribió Rosa Luxemburgo hace cien años en «La socialización de la sociedad» (1918). «Son ellos quienes determinan dónde y cómo se produce y dónde, cuándo y cómo se venden los productos. El objetivo de la economía actual es el enriquecimiento de unos pocos». Aunque su vocabulario ha quedado un tanto desfasado, su análisis sigue siendo válido en la actualidad: «Los superricos ven cómo se evaporan miles de millones con la caída de las bolsas», decían los periódicos en grandes titulares en diciembre de 2018. A finales de año, las bolsas internacionales habían perdido en torno a un 10 por ciento de su valor y, según cálculos de la prensa, «las quinientas personas más ricas del mundo han perdido en total 451.000 millones de dólares». Se trata de cantidades tan astronómicas y absurdas que ni siquiera Rosa Luxemburgo podría haberlo imaginado. Según una nota emitida por el Foro Económico Mundial de Davos, la desigualdad económica aumenta en todo el mundo. Fue allí también donde el multimillonario americano Ray Dalio, propietario de la empresa de fondos de alto riesgo Bridgewater, declaró que el capitalismo —al cual debe su modesto patrimonio de 18.000 millones de dólares— no funciona para la inmensa mayoría de la población, y que,

durante los próximos años, la desigualdad no hará sino aumentar.

Y, por tanto, «hay que cambiar de rumbo y acabar con el hipercapitalismo», dijo el economista francés Thomas Piketty en un debate de televisión. Piketty obtuvo notoriedad internacional en 2013 con la publicación de El capital en el siglo XXI, ensayo en el que identifica la desigual acumulación y reparto del capital como el mayor problema económico de nuestro tiempo. Si no ponemos límites al capitalismo basado en el crecimiento, seguirá aumentando la concentración de capital y, como consecuencia de ello, seguirá aumentando también la inestabilidad política, habrá cada vez más movimientos de migración masiva y estallarán más guerras comerciales como la que estamos viendo en este momento entre los Estados Unidos y China, a todo lo cual hay que añadir la amenaza para el clima y el medio ambiente, temas sobre los que la industria no está dispuesta a asumir ninguna responsabilidad, puesto que los mercados tienen que seguir creciendo. Según afirma el economista y antiguo político holandés Rick van der Ploeg en el Volkskrant (21-12-2018), una posible solución sería un fuerte impuesto sobre las emisiones de CO2.

Piketty, por su parte, proponía en su libro un impuesto internacional sobre el patrimonio. En el verano de 2018, sin embargo, Macron hizo justo lo contrario, y abolió el impuesto sobre el patrimonio en Francia. Piketty manifestó su indignación al respecto en la televisión, alineándose así con los chalecos amarillos, que ya llevaban muchas semanas gritando Fin du mois, fin du monde («Fin de mes, fin del mundo») en las rotondas. Con ello querían decir que la lucha contra la injusticia de no disponer de medios para llegar a «fin de mes» era inseparable de la lucha contra el calentamiento del planeta, que conduce al «fin del mundo». Piketty admitió, sin embargo, que el impuesto sobre el patrimonio, por sí solo, no iba a resolver todos los problemas. También hace falta que alcemos la voz y desarrollemos nuestra capacidad de actuación política. Con independencia de cómo vea cada uno el movimiento de los chalecos amarillos, lo que no se puede negar es que al menos fue un intento de hacer precisamente eso.

El renovado interés que se está observando en la actualidad por la obra de Rosa Luxemburgo tiene que ver, en mi opinión, con el aumento de la desigualdad socioeconómica, los problemas medioambientales y climáticos, la creciente resistencia al hipercapitalismo global y la búsqueda de alternativas políticas. Rosa Luxemburgo creía que el capitalismo era una fase temporal que, con ayuda de buena formación académica, espíritu crítico y autogestión política mediante asambleas populares, se podía transformar en un modelo de economía cooperativa. También era una de esas pensadoras políticas que, con sus estudios y ensayos sobre temas sociales, políticos y económicos, no solo quería proporcionar conocimientos a la población, sino también recordarle de forma muy explícita la posibilidad de ofrecer resistencia colectiva. Lo que ella perseguía no era tanto el poder dentro del partido como la libertad política de todo el mundo a la hora de expresar su opinión y participar en el proceso de toma de decisiones.

Tras la publicación de La acumulación del capital, en 1913, su propia libertad empezó a verse limitada a medida que aumentaba la distancia entre el flanco situado más a la izquierda del partido, del que formaban parte, entre otros, ella misma, Karl Liebknecht, Clara Zetkin y los miembros más moderados del SPD. Los socialdemócratas no querían poner en peligro su poder recién adquirido con una revolución política de resultado incierto, y según Luxemburgo tendían a adoptar una actitud conformista con el parlamentarismo civil. Lo que ellos querían era introducir poco a poco reformas que, a la larga, también conducirían al desmantelamiento del capitalismo, pero Luxemburgo y Liebknecht no creían en eso. Sin embargo, lo que terminó de intoxicar las relaciones fue el hecho de que el partido apoyara al káiser en su voluntad de ir a la guerra.

El 4 de agosto de 1914, Luxemburgo y Liebknecht llegaron a la conclusión de que la socialdemocracia no había fallado, sino que se había autodestruido, porque ese día el SPD votó a favor del aumento de los créditos de guerra a los ejércitos imperiales, con lo cual se aprobaba de facto la declaración de guerra a Francia. Según uno de sus biógrafos, Paul Nettl, fue «el día más oscuro de la vida

de Rosa Luxemburgo». En vez de unirse, escribió la pensadora polaca con amargura, «los obreros de todos los países tienen que combatir ahora entre ellos». Luxemburgo predijo que aquella guerra, debido a la tecnología militar y las dimensiones del conflicto, sería una catástrofe sin precedentes en la historia que acabaría con la Internacional y borraría del mapa a una gran parte del proletariado. «No hay duda alguna de que la guerra ha destrozado tanto el partido como la Internacional», le escribió el 1 de noviembre de 1914 a su amigo Hans Diefenbach, que poco después moriría en el frente por la explosión de una granada, «pero el hecho de que esta calamidad adopte proporciones cada vez mayores la convierte en un drama de alcance mundial».

El tiempo le dio la razón. Solo en Alemania hubo ocho millones de víctimas mortales, el 80 por ciento de las cuales pertenecía a la clase trabajadora. Desde el congreso socialdemócrata de Stuttgart de 1907, Rosa Luxemburgo no dejó de intentar convencer a su partido de que había que evitar a toda costa una guerra mundial, que bajo su punto de vista no era más que una guerra capitalista entre potencias imperiales. Según ella, Francia, Alemania, Austria e Inglaterra solo querían luchar por el reparto de las colonias, las materias primas, la mano de obra barata y la ampliación de su propio poder económico. En La crisis de la socialdemocracia (1915), Luxemburgo analizó paso a paso la guerra, «que no había empezado en Sarajevo, en julio de 1914, sino años antes, a causa del afán de beneficio de la industria y el hambre de dinero del Banco Central de Alemania, que querían explotar nuevos territorios en Asia y Turquía y, por eso, provocaron el ultimátum de Austria a Serbia». Con la guerra ya en marcha, Luxemburgo no dejó de hacer llamamientos a la deposición de las armas, «porque es nuestra obligación hacer todo lo posible por poner fin cuanto antes a esta guerra inhumana».

A finales de enero de 1917 le escribió desde la cárcel a Luise Kautsky: «[C]uando el mundo entero se sale de quicio, lo único que me interesa es comprender el qué y el porqué de lo que ocurre, y, tan pronto como he cumplido con mi obligación, recobro la serenidad y el buen humor. (…) Dejarse llevar por las miserias cotidianas es algo incomprensible e insoportable para mí. Piensa, por ejemplo, en la fría serenidad con que Goethe se sobreponía a los acontecimientos. Y piensa en todo aquello por lo que hubo de pasar

a lo largo de su vida (...), todas esas guerras que se sucedieron sin interrupción y transformaron el mundo en un manicomio con las puertas abiertas. ¡Y con qué tranquilidad, con qué equilibrio intelectual, proseguía él, a pesar de todo, sus estudios sobre la metamorfosis de las plantas, la teoría del color y tantas otras cosas!».

Hasta noviembre de 1918 no volvería a ver la luz del día. La guerra acababa de terminar y, pocas semanas antes, había estallado en Alemania una revuelta popular. Los soldados de una división de Kiel se amotinaron. No querían participar en la enésima ofensiva desesperada del káiser y su Gobierno, y su acto de resistencia se extendió a otras ciudades, donde grandes grupos de trabajadores se sumaron a la huelga. El 9 de noviembre, como consecuencia de todo ello, el káiser Guillermo II abdicó y el canciller Maximiliano de Baden dimitió y traspasó el cargo al socialdemócrata Friedrich Ebert. Ese mismo día, otro socialdemócrata, Philipp Scheidemann, proclamó la República alemana en el Reichstag. Sin embargo, la confianza de los manifestantes y huelguistas en el nuevo Gobierno, que durante cuatro años había apoyado la guerra, era muy limitada. Por eso, poco después, Karl Liebknecht proclamó la República Socialista Libre de Alemania, esta vez desde el Palacio Real de Berlín, y llamó a la población a alzarse contra el nuevo gobierno de Scheidemann. El espíritu revolucionario se extendió aún más por un país arruinado por la guerra y debilitado por el hambre, y el caos fue completo. En Berlín y otras ciudades alemanas, cientos de miles de personas dejaron el trabajo y se echaron a la calle con el único objetivo de acabar con los políticos que habían conducido al país a la guerra y a la ruina.

Tan pronto como salió de la cárcel, Rosa Luxemburgo trabajó sin descanso para canalizar las fuerzas revolucionarias en la buena dirección, lo cual no era una tarea sencilla. Al contrario que Liebknecht y otros miembros de la Liga Espartaquista —el flanco izquierdo del SPD—, tenía serias dudas de que aquel fuera el momento adecuado para la revolución, porque según ella el caos era demasiado grande y la guerra había causado demasiados daños y demasiada pobreza, por lo que las fuerzas del pueblo estaban disminuidas. Entretanto, diversos grupos revolucionarios combatían en enfrentamientos cada vez más sangrientos contra las milicias

contrarrevolucionarias financiadas por el Gobierno. En sus artículos diarios en Die Rote Fahne (La Bandera Roja), Luxemburgo llamaba a la población a la calma. «Queremos que la reorganización de la sociedad tenga lugar de forma pacífica», escribió con un tono entre inocente y desesperado en un panfleto titulado «¿Qué quiere la Liga Espartaquista?». En las plazas de Berlín se organizaban encuentros a los que también acudía el poeta holandés Herman Gorter, que aún creía que no tardaría en llegar «la nueva primavera» de la hermandad internacional. En vista del fracaso del alzamiento popular holandés, Gorter había puesto todas sus esperanzas en la revuelta alemana.

Pocas semanas antes, en Holanda también se había producido un motín de soldados en la región del Veluwe, y el primer ministro Ruys de Beerenbrouck temía que la revuelta alemana atravesara la frontera. Sus temores resultaron ser fundados, porque, el 11 de noviembre, el partido socialdemócrata holandés (el SDAP) también llamó a los trabajadores a hacerse con el poder. Dos días después, socialistas prominentes como Domela Nieuwenhuis y Henriette Roland Holst se dirigieron a las masas en la lonja de diamantes de la plaza Weesp de Ámsterdam, donde miles de personas, incluyendo varios cientos de soldados, se preparaban para la batalla. Convencidos de que había estallado la revolución, la muchedumbre de obreros, marineros, soldados y otros simpatizantes del alzamiento se dirigieron al cuartel de caballería y llamaron a los soldados a sumarse a la causa. Pero, entonces, guardias ocultos abrieron fuego contra los manifestantes, y la muchedumbre se disolvió. Hubo numerosos muertos y heridos. Al día siguiente, el Gobierno envió a Ámsterdam tropas de soldados fieles al régimen, por lo que ya nadie se atrevía a salir a la calle. Todavía no habían pasado veinticuatro horas desde que empezó la «revolución» holandesa, y ya se podía dar por terminada.

En Alemania, sin embargo, la revuelta duró más de dos meses y, durante las primeras semanas de 1919, la situación llegó a ser tan amenazante en Berlín para el gobierno socialdemócrata que decidieron aplastar el alzamiento —instigado en parte por sus antiguas bases— con propaganda y violencia. «La Liga Espartaquista es la responsable de las atrocidades cometidas», decían los periódicos afines al Gobierno. «La Liga Espartaquista tiene la

culpa». A pesar de ello, Luxemburgo y Liebknecht no abandonaron la esperanza. En vez de huir de Berlín, «siguieron luchando con el mismo valor de siempre, y en los encuentros trataban de contrarrestar el ambiente de pogromo que se respiraba», escribió Henriette Roland Holst, que siguió la revolución alemana con mucha atención desde Holanda. Pero también añadió: «El hecho de que aún consideraran posible el éxito de la revolución demuestra hasta qué punto se equivocaron en su evaluación de la situación». Eso no admite discusión, pero Rosa Luxemburgo no tenía muchas opciones. Aunque no le parecía el momento más adecuado para llevar a cabo la revolución, no quería abandonar a aquellos que habían depositado su confianza en Liebknecht y en ella.

El hecho de que el alzamiento de Berlín hubiera terminado de facto el 15 de enero de 1919 no impidió que un comando de extrema derecha sacara de la cama y arrestara a Luxemburgo y Liebknecht. Los paramilitares —entre los que había antiguos soldados del káiser, quien para entonces ya se había refugiado en Holanda— llevaron a los dos activistas al Hotel Eden de Berlín. «En el momento de su arresto», escribe Henriette Roland Holst en su biografía de Luxemburgo de acuerdo con el testimonio de testigos presenciales, «la vemos tal y como la describió la señora Markussohn. Las oscuras ojeras de muchas noches en vela delatan su extenuación física, pero su determinación mental sigue intacta. Con toda calma, mete en una bolsa las cosas que piensa que va a necesitar: ropa interior, artículos de aseo y un libro». El libro que acompañará a Rosa Luxemburgo durante su último recorrido por Berlín es el Fausto de Goethe. «Tranquila y de buen ánimo, se despide de su anfitriona y sigue a los paramilitares al coche». En aquel momento, todavía creía que era un simple arresto y que la iban a llevar de nuevo a la prisión.

En el Hotel Eden, miembros de la Caballería de la Guardia liderados por Waldemar Pabst interrogan y torturan a Luxemburgo y Liebknecht antes de llevárselos por separado en coches que ya tenían preparados. «En cuanto salieron del hotel, el suboficial Runge golpeó a Luxemburgo con la culata de su fusil en la nuca», escribe Roland Holst. «La activista se derrumba y los paramilitares la meten en el coche. Durante el viaje, todavía da, de vez en cuando, señales de vida». «No dispare», le dijo Rosa Luxemburgo en el coche al

hombre que la apuntaba con su pistola. Esas fueron sus últimas palabras. El cuerpo lo arrojaron sin ninguna consideración al canal de Landwehr de Berlín, donde fue encontrado varios meses después. «Era como si no les bastara con matarla», concluye Roland Holst su crónica del asesinato.

Karl Liebknecht corrió la misma suerte. Albert Einstein y la artista Käthe Kollwitz fundaron en Berlín la Liga Alemana de Derechos Humanos al día siguiente de los primeros rumores sobre el asesinato de Luxemburgo y Liebknecht. Una semana después, decenas de miles de personas participaron en la procesión funeraria en su honor por las calles de Berlín. En Ámsterdam también se celebró una reunión conmemorativa en la lonja de diamantes, donde Henriette Roland Holst manifestó su «profunda tristeza e inexpresable indignación» por el asesinato de su amiga, a quien tanto admiraba «por sus prodigiosos dones y su heroísmo».

Para Hannah Arendt, el asesinato de aquellos dos socialistas partidarios del pacifismo supuso un punto de inflexión en la historia, que definió como «la línea que separaba la Alemania de antes y de después de la Primera Guerra Mundial». «Derribada con arma de fuego cuando se daba a la fuga», decía el atestado policial, cuando era evidente que se trataba de un asesinato premeditado y, según todos los indicios, con la connivencia de Gustav Noske, ministro del SPD que había entrado a formar parte del Gobierno en diciembre de 1918 como guardián de la «orden». La siguiente primavera (ya en 1919) asesinarían de la misma forma a cientos de revolucionarios de izquierdas —entre quienes estaban, por ejemplo, Leo Jogiches, Gustav Landauer y Walther Rathenau—, y, como escribe Arendt en su ensayo sobre Luxemburgo, todas esas muertes se justificaban con la misma declaración oficial: «derribado con arma de fuego mientras se daba a la fuga».

El oficial Waldemar Pabst, que más tarde haría carrera en el régimen nazi, declaró sin asomo de vergüenza en una entrevista de 1962 en Der Spiegel que, «desde un punto de vista moral, seguía siendo perfectamente defendible la eliminación de todos esos revolucionarios». Durante la farsa judicial que se organizó después, el teniente Vogel, otro de los responsables de los asesinatos, recibió un visado para Holanda, donde se refugió con el nombre falso de

Kurt Velsen, tal y como relata Wijnand van Teyl en su reconstrucción de los hechos en RL (2016). No sabemos qué fue de Vogel, pero no sería de extrañar que se hubiera reunido con el káiser en el castillo de Huis Doorn. Allí, desde el exilio, Guillermo II siguió dirigiendo milicias de derechas y más tarde, junto a su esposa Herminia de Reuss-Greiz, ofreció su apoyo al régimen nazi, como explicó en detalle recientemente el historiador holandés Willem Pekelder en Trouw («Duistere praktijken in Huis Doorn» [«Asuntos oscuros en el castillo de Huis Doorn»] se titulaba el artículo, publicado en 2018). Aquellos asuntos no eran precisamente algo de lo que se pueda estar orgulloso, por lo que muchos libros de historia holandeses prefieren omitirlos.

Los mismos que sofocaron la revuelta alemana y asesinaron a Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y tantos otros socialistas fueron los que más tarde ayudaron a Hitler a alzarse con el poder. Hitler se dirigió al electorado con los mismos lemas antisemitas y anticomunistas que se habían utilizado antes contra la Liga Espartaquista. A principios de 1919, una niña de doce años llamada Hannah Arendt, gran admiradora de Rosa Luxemburgo, se sumó entusiasmada a las protestas civiles en las calles de Königsberg (la actual Kaliningrado). Su madre le dijo: «¡Fíjate bien, Hannah, porque este es un momento histórico!». Los obreros de Königsberg también dejaron el trabajo para ir a escuchar a los espartaquistas que venían de Berlín a arengarlos. La madre de Hannah estaba convencida de que la Alemania destruida por la guerra podía poner en marcha un auténtico cambio, ahora que el káiser estaba exiliado en Holanda y miles de revolucionarios socialistas salían a la calle para exigir la dimisión del Gobierno. Pero la historia tomó otros derroteros.

Según Hannah Arendt, los asesinatos de Luxemburgo, Liebknecht y otros muchos socialistas le allanaron el camino a Hitler, que inició su campaña sobre las ruinas de la Primera Guerra Mundial, haciendo uso de la misma violencia política con que se instauró la república de Weimar. Más tarde aquellos mismos comandos que sofocaron la revuelta pasarían a ser miembros prominentes de las SA. El precio que hubo que pagar fue muy alto. Una de las frases más citadas de Rosa Luxemburgo, y título de uno de sus panfletos, «Socialismo o barbarie» (1915), se dirimiría en las décadas

siguientes de forma trágica en favor de lo segundo. La pregunta que se hizo Arendt —si la historia tomaría otro cariz vista a través de la vida y la obra de Rosa Luxemburgo— solo se puede responder de forma afirmativa. Pero la cuestión de cuál habría sido el destino de Alemania si se hubiera consolidado la República Socialista Libre proclamada por Liebknecht queda abierta a nuestra imaginación.

6

Entretanto ha pasado un siglo y el año pasado se conmemoraron en muchos lugares los asesinatos de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, incluido el Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam. A dicho evento, para sorpresa de todo el mundo, acudieron muchos cientos de personas. En las últimas décadas también ha aumentado de forma notable el interés por la obra de Hannah Arendt. A pesar de estar separadas en la historia por una guerra mundial y, al menos, dos regímenes totalitarios, hoy en día se las sitúa en un mismo plano en artículos y libros como Rebellinnen[1] (2018), de la escritora alemana Simone Frieling, y Pensées rebelles[2] (2010) de la filósofa canadiense Diane Lamoureux. Sin embargo, hay diferencias importantes entre las dos pensadoras. Luxemburgo, que no llegó a conocer las dimensiones que adquiriría el terror de los distintos regímenes totalitarios del siglo XX, hacía hincapié, sin ningún rodeo, en la acción política y el activismo, mientras que Arendt adoptó más bien la postura de espectadora filosófica y política. No obstante, las dos compartían una misma lucha por la libertad, la democracia, la dignidad humana y el compromiso político. Sus objetivos eran los mismos.

Arendt decía que después de la Segunda Guerra Mundial tendríamos que seguir alerta para no caer de nuevo en manos del totalitarismo, una forma de gobierno que socava la espontaneidad, la pluralidad y la libertad política del hombre, como escribió en Los orígenes del totalitarismo (1951). Con la ayuda de la propaganda, el miedo y la burocracia, las ideologías totalitarias tratan de convertir un pueblo diverso en una masa uniforme y obediente, y, según Arendt, recurren siempre a una teoría del chivo expiatorio para darles

fuerza a sus argumentos, «con los que convencen en un plano peligrosamente emocional a personas que viven aisladas y con miedo de los demás». El totalitarismo es un sistema político completamente instrumental y tecnocrático en el que no hay lugar para la verdad ni para el debate abierto, porque todo tiene que responder a la lógica de una única idea basada en la citada teoría del chivo expiatorio. Al final de su extenso análisis, Arendt nos advierte que el totalitarismo es una forma de gobierno que probablemente estará siempre al acecho y que, si bajamos la guardia, «volverá a asomar la cabeza por todas partes».

Tras la elección de Donald Trump, en 2016, muchos analistas políticos americanos —como hizo por ejemplo el catedrático de Ciencias Políticas Jeffrey C. Isaac en el Washington Post— empezaron a citar con llamativa frecuencia esa obra de Arendt, y muy en especial el siguiente fragmento: «Ese periodo de espera temerosa recuerda a la calma que sobreviene tras el abandono de todas las esperanzas. (...) Bajo las más diversas condiciones y circunstancias, siempre observamos el mismo fenómeno. (...) Nunca ha sido tan imprevisible nuestro futuro, nunca hemos dependido tanto de las fuerzas políticas, fuerzas que parecen pura insania y en las que no se puede confiar si nos atenemos al sentido común y al interés propio». La cuestión era, y sigue siendo, cómo ofrecer resistencia a esas «fuerzas en las que no se puede confiar», sobre todo ahora que aumenta la inestabilidad política y por todas partes aparecen de nuevo líderes con tics sospechosamente dictatoriales.

A los políticos populistas o demagogos, advertía Arendt, no les interesan las verdades basadas en hechos. Por lo general eligen una única idea fundamentada en un mito nacionalista sobre la «particularidad» del pueblo propio y el carácter alóctono de los demás, y, a partir de ahí, no hacen más que repetir de forma obsesiva la misma canción. Por eso, debemos recelar de cualquier limitación de la libertad de expresión, escribe Arendt en Los orígenes del totalitarismo, y permanecer alerta para no caer en las redes de la propaganda —lo que hoy en día llamamos «noticias falsas»—, que según ella anunciaba el comienzo del fin de la democracia. Es preciso desenmascarar las mentiras —o «hechos alternativos», como se han dado en llamar de forma eufemística—, refutándolas con opiniones basadas en hechos. Porque «el sujeto

ideal del régimen totalitario no es el nazi o el comunista convencido, sino aquellos que ya no son capaces de diferenciar la ficción de los hechos». Si se miente a la gente de forma sistemática, llega un momento en que nadie cree nada. «Y si la gente ya no puede creer nada», escribe Arendt, «tampoco puede formarse una opinión. En esas circunstancias, no solo se les arrebata la capacidad de actuar, sino también la capacidad de pensar y emitir juicios. Y con gente así se puede hacer lo que uno quiera».

En 2016, el diccionario Oxford de la lengua inglesa eligió post-truth como palabra del año (la «posverdad»). Aunque se trata de un término de nuevo cuño, Arendt ya señalaba que la mentira siempre ha sido uno de los instrumentos favoritos de los regímenes totalitarios. Esa forma de hacer política consiste en ignorar los hechos y reivindicar de manera machacona cuestiones con una gran carga emocional. Cuando se confronta a esos políticos con contraargumentos basados en hechos, su reacción es ignorarlos o calificarlos de irrelevantes. Durante las elecciones de los Estados Unidos de 2016 y el referéndum del Brexit en Gran Bretaña, quedó claro hasta qué punto la diferencia entre la verdad basada en hechos y las mentiras es hoy en día una cuestión de gusto personal. Por aquellos días volvió a ganar protagonismo 1984, la novela distópica de George Orwell en la que el autor describe con estas palabras una dictadura ficticia: «Todo se difuminó en la niebla. El pasado fue borrado, la gente llegó a olvidar que había sido borrado y la mentira se acabó convirtiendo en verdad».

Además de difundir mentiras, amordazar a la prensa es otro instrumento de eficacia probada de los regímenes totalitarios. «Si desaparece la prensa libre», escribe Arendt, «puede ocurrir cualquier cosa». Durante los últimos años, la prensa «libre» occidental también ha sufrido casos de censura. El antiguo estratega de Trump, Steve Bannon, declaró en una ocasión al New York Times, como si tal cosa, que lo que tienen que hacer los periodistas es «cerrar el pico y escuchar». Trump, en su papel presidencial, generaba de forma consciente una atmósfera de paranoia y confusión, y la prensa no encontraba la respuesta adecuada a sus «hechos alternativos». Según David Remnick, redactor jefe del New Yorker, esto se debía a que los periodistas ni siquiera disponían del vocabulario necesario para describir su posverdad. Lo que utiliza

Trump «no es lenguaje, sino niebla, fango lingüístico», escribió. La libertad de expresión está también en juego en Hong Kong, Polonia, Rusia, Hungría y Bielorrusia, por no hablar de Corea del Norte y muchos Estados árabes, pero mentiras se cuentan en todas partes. Apenas una semana después de la elección de Trump, el columnista y líder de opinión holandés Bas Heijne escribió en NRC Handelsblad sobre «las mentiras de Rutte», pues el presidente de los Países Bajos trataba de disimular por todos los medios —incluido un anuncio a página completa en los principales periódicos del país— una mentira de uno de sus ministros. Las mentiras y las corruptelas de los políticos alimentan el sentimiento de rechazo a la política entre la población, lo cual, como demuestra la historia, es un asunto muy peligroso. Porque entonces corremos el riesgo de «desconectarnos del mundo», como decía Arendt, y creamos entre todos el caldo de cultivo ideal para que prosperen la barbarie y los regímenes dictatoriales.

«La vida pública de los países con libertades limitadas», escribe a su vez Rosa Luxemburgo en La Revolución rusa (1918), «es pobre, árida, rígida y estéril porque, al suprimir el principio democrático, se cierran las fuentes vivas de toda forma de riqueza y progreso espiritual». De ahí también sus duras críticas a Lenin y Trotski, que desde el principio de la Revolución rusa de 1917 limitaron la libertad de expresión, disolvieron el parlamento y sustituyeron las elecciones democráticas por un sistema político de partido único. Tanto para Luxemburgo como para Arendt, la libertad de expresión y asociación política eran valores democráticos irrenunciables que no se podían cuestionar desde ninguna ideología. «Es un hecho indiscutible que, sin una prensa libre y crítica y sin libertad de reunión y asociación, es del todo impensable que amplios estratos de la población puedan ejercer el poder», escribe Luxemburgo.

Para ella, la Revolución rusa no tenía nada que ver con una democracia socialista: «Sin elecciones generales, prensa libre y libertad de expresión, las instituciones públicas languidecen y su actividad queda reducida a las apariencias, con la burocracia como único elemento activo. La vida pública perece, y el control queda en manos de unos pocos líderes del partido único (...). Esas circunstancias derivan de forma inevitable en la brutalización de la vida pública: atentados, violencia, opresión, etcétera». Luxemburgo

predijo que la Revolución rusa acabaría transformándose en una dictadura de unos pocos líderes del partido, un sistema que olvidaría la promesa de libertad e igualdad e implantaría el terror como método para controlar al pueblo. «La libertad solo para los partidarios del Gobierno y los miembros de un partido no es libertad en absoluto», escribió. «La libertad es siempre libertad para aquellos que piensan de otra manera».

En su ensayo sobre Luxemburgo, Arendt afirma con sobriedad que «la historia le ha dado la razón». Para las dos pensadoras, la libertad era un principio innegociable. Lo consideraban la condición necesaria para que se produzcan cambios políticos. Las dos subrayaban el hecho de que la libertad se obtiene «en concierto» con otros, es decir, junto a los demás, en el momento en que el interés privado da paso al interés público. La res publica. Y eso es algo que puede ocurrir en la esfera pública, pero también en casa, en la mesa del comedor, si la tertulia que tiene lugar allí refleja de algún modo el amor mundi. Hannah Arendt citó en distintos sitios los famosos versos de René Char:

A todas las comidas en común

invitamos a la libertad a sentarse.

El sitio permanece vacío,

pero el cubierto está siempre puesto.

Rosa Luxemburgo y Hannah Arendt eran pensadoras críticas que no eludían la controversia y expresaban siempre su opinión, aunque fuera remando a contracorriente de la línea de pensamiento de su partido. Agudizar el espíritu crítico y alentar a los demás a formarse una opinión propia y a manifestarla abiertamente —ya fuera de palabra, por escrito o mediante alguna acción— formaba una parte esencial de la obra de las dos. «Un simple hecho, y a veces una simple palabra, puede cambiar cualquier situación posible», escribió Arendt en La condición humana. Con admiración describe el

método filosófico de Sócrates, también conocido como «el moscardón de Atenas», porque estimulaba a los demás de forma consciente con opiniones controvertidas, para que despertaran del letargo y pensaran por sí mismos.

El método de Sócrates se denomina también método mayéutico, término procedente del griego maieutikós —literalmente, obstetra, especialista en partos—, por lo que es muy tentador llamar a Rosa Luxemburgo y Hannah Arendt las «matronas» de la filosofía política moderna, dadas sus similitudes metodológicas con el filósofo griego. Al igual que Sócrates, ellas también consideraban su tarea ayudar a los demás a «dar a luz» pensamientos críticos, pues esa es la única vía para dar comienzo a algo nuevo: «Nuestra vida, ese breve lapso de tiempo que avanza a gran velocidad hacia la muerte, implicaría inevitablemente la destrucción de todo lo humano», escribió Arendt en La condición humana, «si no fuera por nuestra facultad de interrumpir esa macabra procesión y comenzar algo nuevo, facultad que es inherente a la acción y actúa como recordatorio de que el ser humano, a pesar de su mortalidad, no ha nacido para morir, sino para comenzar una y otra vez».

Lo importante, tanto para Luxemburgo como para Arendt, era recuperar el espacio político de la libertad, pues esa era la condición necesaria para impulsar un nuevo comienzo, como explica Sidonia Blättler en su ensayo sobre las dos filósofas: «Rosa Luxemburg and Hannah Arendt: Against the Destruction of Political Spheres of Freedom»[3] (2005). Las dos querían salvar esa espera política de la liberta de los poderes meramente económicos. Para Arendt, la sociedad de consumo moderna significaba la pérdida del sentido de comunidad, es decir, del sentimiento de responsabilidad compartida sobre el mundo, lo cual solo podía conducir al desarraigo, el aislamiento y la alienación del hombre. La sociedad de consumo no puede proteger el mundo, escribió Arendt en «La crisis en la cultura: su significado político y social», porque el principio básico del consumo es la satisfacción de necesidades a corto plazo, y no una visión duradera y sostenible de nuestra relación con el entorno. Y, puesto que nuestras sociedades modernas se caracterizan cada vez más por el consumo, nuestra implicación con el mundo —y, por tanto, nuestro compromiso político— es más urgente que nunca. Pero Luxemburgo y Arendt no

se limitaron a criticar el capitalismo y la sociedad de consumo, sino que también hicieron propuestas concretas para aumentar el compromiso político de la población.

7

«Las revoluciones se consideran imposibles antes de que se produzcan. Después, se dice que eran inevitables», escribió Rosa Luxemburgo. La democracia socialista basada en asambleas populares a la que aspiraba ella estaba inspirada fundamentalmente en la Comuna de París (1871). Durante los meses de protestas de los chalecos amarillos, era habitual leer en la prensa francesa comparaciones con la Revolución francesa (1789) y las revueltas estudiantiles de mayo del 68, pero fueron pocos los que establecieron paralelismos con la Comuna de París, nombre con el que ha pasado a la historia el alzamiento popular que tuvo lugar hace más de un siglo y medio contra la pobreza, el paro y las medidas fiscales injustas, y que, tras unos comienzos caóticos, logró organizarse de forma eficiente y efectiva en forma de asambleas populares en las que, por primera vez en la historia, mujeres y obreros participaron en el proceso de toma de decisiones.

Los comuneros, elegidos democráticamente por más de 200.000 parisinos, consiguieron introducir varias reformas importantes en poco tiempo: se puso de nuevo en marcha la distribución de alimentos, se cancelaron las deudas de los pequeños comercios y se restablecieron los servicios públicos. Hannah Arendt se refirió a esas asambleas populares como «perlas de la autogestión» en Sobre la revolución. Rosa Luxemburgo, por su parte, describió la Comuna como un primer intento de instaurar una democracia socialista en la que el pueblo tuviera auténtico poder político. En su último texto, titulado con amarga ironía «El orden reina en Berlín» y escrito apenas unas horas antes de su muerte, Luxemburgo rememora —aún inconsciente del destino que le esperaba— «las brutales crueldades» y la cantidad de víctimas inocentes, incluidos ancianos, mujeres y niños, que caerían durante los esfuerzos por sofocar el alzamiento de París. A lo largo de mayo de 1871, el Ejército francés

ejecutó a 30.000 comuneros y metió entre rejas a otros 40.000. Era como si con ese último texto intuyera de alguna forma lo que iba a ocurrir en breve con ella y con otros muchos revolucionarios socialistas.

Lo que distingue a la Comuna de París de otras revueltas es que no fue un simple alzamiento para protestar por las injusticias sociales y la pobreza, sino que también aspiraba a alcanzar la libertad política a través de asambleas populares. En Sobre la revolución, Arendt explica que se trata de una diferencia fundamental, pues, según ella, solo tienen posibilidad de triunfar aquellas revueltas que no se limitan a reclamar derechos económicos, sino que también exigen alguna forma de libertad política. El problema de exigir únicamente justicia socioeconómica es que las eventuales concesiones obtenidas —como, por ejemplo, un aumento del salario— no conducen a un cambio real del modelo político que causó la situación de injusticia. Liberarse de la pobreza y la opresión es, en efecto, una condición para la libertad, pero no implica necesariamente la obtención de libertad política, que para Arendt era una condición necesaria para iniciar algo nuevo.

En ese mismo libro, Arendt describe las asambleas autogestionadas —como las surgidas durante la primera Revolución rusa (1905) y la Revolución húngara (1956)— como la manifestación política de la auténtica renovación y se refiere a ellas como «oasis en el desierto» que ofrecían a los ciudadanos la posibilidad de participar de verdad en el proceso de toma de decisiones. El problema del sistema parlamentario, según ella, es su carácter oligárquico, en el sentido de que «la libertad política es el privilegio exclusivo de unos cuantos representantes del pueblo» que «hacen propuestas, deliberan y deciden», actividades con las que ejercen de forma efectiva la libertad. Los demás ciudadanos, sin embargo, solo pueden esperar «sentirse representados» en lo que respecta a su bienestar personal, pero no en cuanto a sus actos o sus opiniones, por la sencilla razón de que, una vez que han votado, no tienen voz alguna. Uno de los principales motivos de la crisis institucional francesa es, precisamente, como ya hemos visto antes, que los chalecos amarillos ya no se sienten representados.

«Resulta tentador entrar a describir en detalle todas las

posibilidades de las asambleas», escribe Arendt, «pero creo que, citando a Jefferson, es más razonable decir sencillamente: “pon en marcha una asamblea con un objetivo concreto, y enseguida se verá para qué otros objetivos es el instrumento más adecuado”». La cuestión es si no ha llegado ya el momento de poner en marcha de verdad un sistema de asambleas populares. Una de las exigencias de los chalecos amarillos era la introducción del referéndum de iniciativa ciudadana, con el cual querían obtener más libertad política y sentirse más implicados. No obstante, en vez de dejar que todo el mundo marque una cruz sin ningún fundamento en un referéndum, tal vez sería más razonable delegar la decisión a asambleas temporales de ciudadanos representativos de la población que obtengan unos honorarios para asesorarse a fondo sobre un tema y llegar a un acuerdo consensuado en el que se tengan en cuenta los intereses de todos los implicados. De esa forma, no solo aumentarían el compromiso político de la población y el sentimiento de comunidad, sino que también remitiría esa impresión generalizada de no sentirse oído ni representado.

Además, las asambleas populares actuarían como freno natural al avance del extremismo de derechas, pues los ciudadanos contarían con un lugar en el mundo y se sentirían menos impotentes y abandonados. El mundo, en definitiva, florece cuando se les devuelve a las personas su autonomía y su sentido de la responsabilidad. Es una forma de democracia directa que Rosa Luxemburgo y Hannah Arendt defendieron con fervor en su obra y de la que también encontramos alegatos de autores contemporáneos, como el escritor flamenco David Van Reybrouck, que analiza el fracaso de la democracia parlamentaria y la pérdida de confianza de los ciudadanos en su ensayo Contra las elecciones (2014). Su propuesta consiste en una variante del sistema judicial en la que se elige por sorteo a ciudadanos representativos de la población que deliberan sobre cuestiones políticas sin ataduras políticas ni intereses electorales.

Yo misma participé durante varios años en una asamblea popular formada por unos veinte vecinos de Ámsterdam con diferentes perfiles culturales. El objetivo de la iniciativa era estimular la cohesión social, lo cual era muy necesario, pues había muy poco contacto entre los vecinos. Fue una experiencia muy instructiva e

inspiradora que, más allá de los proyectos que llevamos a cabo, alcanzó su objetivo por el mero hecho de favorecer el acercamiento y la multiculturalidad. Gracias a nuestros largos intercambios de opiniones, conocimos las historias, los puntos de vista y el bagaje cultural de los demás, tomamos diversas iniciativas y realizamos acciones políticas conjuntas, atravesando en el proceso muchas fronteras nacionales, religiosas y culturales. Con ello, no solo pusimos en práctica la pluralidad por la que abogaba Hannah Arendt como gran pilar de la democracia, sino que también ejercitamos nuestra capacidad de pensar «con una conciencia más amplia». Con cada reunión aumentaba mi amplitud de miras.

Tanto Luxemburgo como Arendt dijeron que el espacio político-cultural que existe entre las personas no es necesariamente «humano». Según Arendt, el mundo solo se vuelve humano cuando se convierte en objeto de nuestra atención y nuestro diálogo. Es decir, cuando nos sentimos implicados. Si le volvemos la espalda al espacio público por frustración, falta de tiempo o indiferencia, corremos el riesgo de «desconectarnos», lo cual puede derivar en barbarie. Rosa Luxemburgo iba incluso más allá y atacó a la sociedad capitalista en términos más radicales. Según ella, el capitalismo está fundamentado sobre la noción errónea de que es posible crear un mundo justo a partir de la competencia, la explotación de los demás y el ánimo de lucro. Pero las dos reclamaban la misma libertad política y el mismo compromiso, porque solo así se podía garantizar la calidad democrática de la sociedad. Como Antígonas modernas, las dos defendían el derecho a ofrecer resistencia siempre que la legislación o el poder político no estuvieran en sintonía con la voz de la conciencia, es decir, con la capacidad para distinguir el bien del mal. Antígona significa literalmente «nacida para oponerse», y una democracia sana necesita oposición para conservar el dinamismo necesario.

En «Desobediencia civil» (1970), Hannah Arendt defendía con la misma pasión que Luxemburgo la posibilidad de ofrecer resistencia política, ya fuera mediante manifestaciones, huelgas o cualquier otro método. La inspiración para ese ensayo fue el creciente número de americanos que se negaban a participar en la guerra de Vietnam o a aceptar leyes racistas como la segregación en el transporte público, dos formas de desobediencia civil que Arendt aplaudía: «La

desobediencia civil es una forma de libertad política que encaja en las tradiciones de este país». Si lo que dicta la conciencia no está en línea con determinadas leyes o políticas, tenemos incluso la «obligación civil» de hacer algo al respecto, porque, según Arendt, la desobediencia civil puede ser un importante «remedio contra la ineficacia de las instituciones políticas».

8

El otoño llegaba a su fin y los chalecos amarillos seguían manifestándose en masa. Cuando volvimos a Holanda, no podíamos sospechar que las protestas durarían un año entero. Ahora ya sabemos que, además de los miles de personas arrestadas, también hubo que lamentar víctimas mortales. A ello hay que sumar cientos de heridos, incluidos periodistas, muchos de los cuales perdieron un ojo o una mano a causa de las balas de goma que utilizó la policía francesa contra los manifestantes.

El Gobierno francés intentó sofocar las protestas revocando la subida del impuesto sobre la gasolina y aumentando el salario mínimo interprofesional, pero habrá que ver si la población se da por satisfecha con eso. Si bien es cierto que el apoyo a las protestas fue disminuyendo a medida que avanzaba el conflicto, en la primavera de 2019 seguía habiendo una clara mayoría a favor de las mismas, a pesar de las víctimas, el vandalismo en las ciudades y las molestias derivadas del corte de carreteras. En la Asamblea Nacional, sin embargo, solo el 18 por ciento de los diputados apoyaba al movimiento de protesta, lo cual demuestra la brecha existente entre la política y la realidad de los ciudadanos. La mayoría de los activistas, en efecto, no se sentían representados por el partido de Macron —la mayoría de cuyos miembros proceden de la clase alta—, que en las últimas elecciones había barrido casi por completo del mapa a los socialistas.

Entretanto, la pandemia del coronavirus ha apaciguado los ánimos y ha terminado, de momento, con el alzamiento popular, pero eso no quiere decir que haya terminado la crisis institucional en Francia

y otros países occidentales. En el Reino Unido y Estados Unidos quedó clara la gravedad de la crisis en 2019 con, respectivamente, el Brexit y el cierre del gobierno federal. Pero también en otros países occidentales hubo serias turbulencias en 2019. En Hungría, Alemania y Serbia hubo manifestaciones masivas, y las protestas escolares contra el calentamiento global se propagaron desde Suecia hasta Bélgica, Alemania y Suiza, para luego extenderse por el mundo entero. Desde la muerte de George Floyd, no bastará un virus o una campaña retórica de un líder populista para frenar las protestas contra el racismo o la violencia policial. Todavía no sabemos en qué acabará esta lucha, pero mucho dependerá de la actitud y el tono que adopten el nuevo presidente de los Estados Unidos, Joe Biden, y su vicepresidenta, Kamala Harris.

Por todo el mundo vemos aparecer movimientos que ofrecen resistencia contra las políticas neoliberales de muchos gobiernos que, en el curso de las últimas décadas, han favorecido al sector privado, a los ricos y a las multinacionales en detrimento del sector público, los pobres y el medio ambiente. Pero también hay mucha preocupación en Occidente por la pérdida del orden democrático y la continua limitación de la libertad de expresión. En un momento dado, todos tendremos que adoptar una postura determinada, alzar nuestra voz y participar en el debate público. La cuestión es cómo podemos cambiar el rumbo de la historia. No todo el mundo parece darse cuenta de que es necesario realizar un esfuerzo casi sobrehumano para cambiar las cosas de verdad. Pero tal vez sea justo esa aparente imposibilidad lo que nos estimula. «Sé realista», escribió Ernst Bloch; «piensa lo imposible». Una variante de esa frase se convirtió en uno de los lemas del mayo del 68 y se vio por todo París escrita con espray en muros, vallas y puentes. Aquellas protestas estudiantiles se caracterizaron por le pouvoir de dire non —como lo llamaron Albert Camus y Simone Weil— con el fin de abrir el camino a una «nueva sensibilidad» que permita introducir cambios reales.

Yo creo que, a estas alturas, ya hay mucha gente de acuerdo en que hay que cambiar de rumbo para plantarles cara a las crisis económica, política y ecológica. Sin embargo, hay poca gente dispuesta a modificar la arquitectura de nuestra política. Parece que quieren resolver los problemas con propuestas prácticas que encajen

dentro de las estructuras existentes, y luego se sorprenden de que no haya margen para realizar transiciones profundas. Toda revolución o revuelta, además de tener un componente inesperado, implica algún tipo de «imposibilidad» o «utopía» que sacuda y amplíe primero nuestro espíritu para que podamos ofrecer resistencia y cambiar la estructura del edificio democrático. Necesitamos, en resumen, ideas «utópicas» que nos estimulen a entrar en movimiento. Las asambleas populares tal vez sean una de esas ideas que, a pesar de ser utópicas, ofrecen respuesta a un problema muy real y muy urgente.

Al principio, los chalecos amarillos no sabían que iban a desencadenar un alzamiento popular al que la prensa francesa se refiera ahora como «revolución ciudadana». Y, desde luego, no tenían una hoja de ruta para todo lo que podría ocurrir después. Nadie sabe si sus más de setenta sábados seguidos de protestas sirvieron para algo —en Holanda seguimos esperando con cierto escepticismo—, pero, en cualquier caso, hicieron uso de su libertad de actuar en la esfera política, lo cual es ya de por sí esperanzador y refrescante. Sabemos que es necesario un cambio drástico del rumbo para que el planeta sea más habitable y la sociedad más humana. Y, para ello, no solo debemos orientar nuestra mirada a las posibilidades futuras, sino también buscar inspiración en los pensadores del pasado, aunque solo sea para estar mejor preparados cuando llegue ese momento que en otros textos he llamado «kairótico», ese instante en el que se presenta una oportunidad inesperada para cambiar las cosas.

«No hay nada tan cambiante como la psicología humana», escribió Rosa Luxemburgo el 16 de febrero de 1917 en una carta a Mathilde Wurm. «La psique del ser humano, al igual que el thalatta —el mar eterno—, encierra en sí todas las posibilidades, desde una asfixiante falta de aire hasta una tormenta de vientos huracanados, y desde la peor de las cobardías al más audaz heroísmo. La masa es siempre lo que tiene que ser en cada momento y ocasión, y siempre está lista para dar el salto y transformarse en algo muy distinto a lo que aparenta». Solo cabe esperar que estemos en condiciones de dar ese salto del que habla Luxemburgo para cambiar de rumbo y crear una sociedad basada en la sostenibilidad, la solidaridad y la inclusividad. En realidad, no tenemos otra opción. Seguir igual no

es opción.

Rosa Luxemburgo y Hannah Arendt eran mujeres motivadas por la misma lucha por la libertad política y el mismo sentimiento de responsabilidad sobre el mundo. «Yo tardé mucho en empezar a amar el mundo», le dijo Hannah Arendt al filósofo Karl Jaspers en una carta de 1955, «y en agradecimiento quiero titular mi nuevo libro Amor mundi». Al final el libro se acabó titulando La condición humana, pero el «amor por el mundo» aparecería una y otra vez en su obra. Es comprensible que alguien como Arendt, que tuvo que huir de los nazis siendo muy joven, necesitara tiempo para poder amar el mundo. Y necesitó, sin duda, mucho valor para someter a ese mismo mundo a un estudio meticuloso y crítico. Por eso llama la atención que justo ella apele con tanto énfasis al amor mundi como el remedio contra la «desconexión», la cual conduce a la violencia y a regímenes totalitarios. «En el momento en que entablamos un diálogo sobre el mundo», escribió Arendt en Hombres en tiempos oscuros, «humanizamos tanto lo que ocurre en el propio mundo como lo que ocurre en nuestro interior, y gracias a ese diálogo aprendemos a ser humanos».

Sin amor ni responsabilidad compartida por el mundo no podemos ofrecer suficiente contrapeso al amor sui, el egoísmo, que es el principio en el que se basa el capitalismo. Cuando sobrevivimos al dominio de lo meramente físico y dejamos de lado nuestros intereses personales para orientarnos al espacio político-cultural que nos une, no solo nos liberamos, sino que también nos humanizamos. Sin ese espacio común perdemos aquello que determina en gran medida nuestra libertad y nuestra humanidad: la capacidad solidaria de ponernos en el lugar del otro y la capacidad creativa de iniciar algo nuevo. Actuar de forma ética, aspirar a la justicia económica y ocuparse de los demás es lo que, según Rosa Luxemburgo, debería dar dirección y sentido a las sociedades humanas.

Tal y como escribe Adrienne Rich en el prólogo del Rosa Luxemburg Reader (2004), la obra de Luxemburgo nos ayuda a comprender hasta qué punto siguen causando estragos en nuestros días la injusticia y la violencia de una sociedad basada únicamente en el modelo capitalista. «Rosa Luxemburgo viaja al siglo XXI como

un ave mensajera, cruzando continentes y analizando la historia para recordarnos que nuestro presente no es algo nuevo, sino la continuación de un largo conflicto humano que solo cambia en intensidad y ámbito. Su intelecto rabiosamente crítico y su espíritu fervoroso siguen siendo tan vitales en nuestros días como lo fueron en los suyos». Gracias a los análisis de Luxemburgo comprendemos también que introducir un voto en una urna cada cuatro años no es suficiente para ejercer nuestra libertad política.

Por último, también podemos buscar inspiración en sus cartas: «Al final», escribió, «ser una buena persona es lo único que cuenta». Cuántas cosas cambiarían si adoptáramos ese pensamiento como principio rector de nuestras vidas.

«Entusiasmo y espíritu crítico, eso es todo lo que necesitamos», exclamó Rosa Luxemburgo en una ocasión. Pero no bastó con eso. Hace unos años, las autoridades polacas retiraron la placa conmemorativa que había en la casa donde nació Luxemburgo, en Zamos´c´, en un intento de sofocar el renovado interés por su vida y su obra. Es importante que no dejemos que ocurra eso y que aprovechemos ese nuevo interés en Rosa Luxemburgo para reflexionar de nuevo sobre «el tesoro escondido» de su revolución, como llamó Arendt a las asambleas populares que proponía la pensadora polaca. ¿A qué esperamos para poner en marcha un experimento con una nueva forma de participación ciudadana que dé un impulso a la calidad democrática de nuestra sociedad?

Con ello, tal vez evitaríamos volver a caer en «tiempos oscuros». Rosa Luxemburgo y Hannah Arendt pueden darnos esperanza, porque a través de sus ideas arrojan luz sobre el tiempo en que vivimos. Son las voces del pasado, los tesoros de la historia que aún no se han perdido y que se adelantaron a su tiempo porque pensaban y escribían desde la vanguardia, desde el nunc stans, el momento eterno que abre una brecha entre el pasado y el futuro. Las dos nos pueden seguir inspirando, porque la fuerza humana de sus originales pensamientos nos conmueve y, por tanto, nos hace entrar en movimiento.

[1] «Mujeres rebeldes». Obra sin traducción conocida al castellano. (N. del T.)

[2] «Pensamientos rebeldes». Obra sin traducción conocida al castellano. (N. del T.)

[3] «Rosa Luxemburgo y Hannah Arendt: Contra la destrucción de las esferas políticas de la libertad». Ensayo sin traducción conocida al castellano. (N. del T.)

BREVE SELECCIÓN DE CARTAS

DE ROSA LUXEMBURGO

Prisión-fortaleza de Wronki,

Polonia, 26-1-1917

(Sello de la Administración: vis. 27-1-D)

Lulú queridísima:

Ayer se celebró en Berlín una sesión de mi proceso (en mi ausencia), y seguro que me caen unos cuantos meses más de cárcel. Hoy se cumplen exactamente tres meses desde que me encerraron aquí, en la tercera etapa. Para celebrar dos de esos aniversarios que vienen interrumpiendo mi vida desde hace años de una forma tan agradable, te envío ahora esta carta. Perdóname, querida, por haberme demorado tanto en responder, pero acabo de pasar un breve periodo de terrible anquilosamiento. Hemos tenido varios días de un viento glacial, y me sentía tan débil, me faltaban tanto las fuerzas, que ni siquiera me atrevía a salir de mi celda por miedo a sucumbir al frío. Dado mi estado de ánimo, te podrás imaginar que anhelaba una carta cordial y tierna, pero mis amigos, por desgracia, siempre esperan a que sea yo quien tome la iniciativa. A nadie se le ocurre escribirme de forma espontánea, salvo al bueno de Hans. Pero él también se debe de estar cansando de escribir, después de dos años y medio de cartas «extraviadas» que quedan sin contestación. Al final llegó una carta de Sonia L., pero sus cartas tienen siempre un eco de cristales rotos. En cualquier caso, he reaccionado, como siempre, y ya me siento mucho mejor.

Ahora estoy otra vez alegre y de buen ánimo, y solo me faltas tú para charlar y reír como solo nosotras sabemos hacerlo. Y no voy a tardar en hacerte reír, a pesar del tono melancólico de tus últimas cartas. ¿Te acuerdas de aquella noche cuando, volviendo de casa de Bebel, nos pusimos a dar un concierto en plena calle, a medianoche, cantando a tres voces? Recuerdo que dijiste que a mi lado te sentías siempre un tanto embriagada, como si hubiéramos bebido champán. Eso es lo que me gusta de ti, ver que soy capaz de ponerte en ese

estado de ánimo champanoso que nos hace sentir el cosquilleo de la vida en el cuerpo y nos predispone a cometer cualquier locura. Podemos pasar tres años seguidos sin vernos, pero basta media hora juntas para que volvamos a sentirnos como si nos hubiéramos visto la víspera. Cuánto daría por irrumpir en este momento en casa de Hans Naivus y reír con todos los miembros de vuestra mesa redonda, como nos reímos en junio cuando visitamos al bueno de Hans [Diefenbach] (luego me escribió que, durante el viaje, camino del frente, y de vez en cuando no podía contener la risa, para asombro de sus camaradas, que seguramente lo tomaron por loco). Por lo que al auténtico champán se refiere, me temo que pasaremos mucho tiempo sin probarlo, pues el pobre Faisst fue una de las primeras víctimas de la guerra mundial. Se acabó el champán y se acabaron las canciones de Wolf. A pesar de todo, conservo un recuerdo muy grato de nuestra última «bacanal», el verano pasado, cuando estuve en la Selva Negra. Un domingo subió desde Wildbad con Costia [Zetking]. Hacía un día espléndido. Después de comer nos sentamos al aire libre en torno a una pequeña batería de botellas de Mumm, y estuvimos disfrutando del sol. El que más bebía era, por supuesto, «el generoso donante». Volvió a vivir «un momento inolvidable»: reía, gesticulaba, exclamaba y vaciaba uno tras otro vaso de espumoso en su poderoso gaznate de suabo. Lo que más le divertía eran los domingueros que teníamos alrededor en la terraza. «Mirad cómo nos espían esos pequeñoburgueses», decía sin parar de reírse. «¡Si supieran quién está aquí bebiendo con nosotros!». Pero lo más gracioso de todo es que éramos nosotros los que no nos enterábamos de nada, porque el hostelero, según me contó él mismo por la noche, había descubierto mi presencia de incógnito[4], y, naturalmente, había hecho circular la noticia entre los clientes. Por eso nos servía con esa sonrisa de pícaro y descorchaba las botellas armando el mayor escándalo posible. Los domingueros, como podrás imaginar, consideraban muy edificante aquella «bacanal de champán socialdemócrata». Y, ya ves, por tercera vez, la primavera «ondeará su gallardete azul» sobre la tumba de Faisst. (Él cantaba ese lied muy bien, mucho mejor que Julia Culp, a quien se la oímos una vez en el conservatorio, ¿te acuerdas?). Aunque supongo que se te habrán quitado las ganas de música, como a tanta gente. Tienes la cabeza llena de preocupaciones por los derroteros que está tomando la historia del mundo y tu corazón suspira ante el lamentable espectáculo que están dando los Scheidemann y sus

secuaces. Todos los que me escriben también suspiran y se lamentan. Pero es una actitud ridícula. ¿No comprendes que lo único que consigues gimiendo es agravar el desastre? Yo me entristezco cuando Mimi está enfermo o vosotros no estáis bien. Pero, cuando el mundo entero se sale de quicio, lo único que me interesa es comprender el qué y el porqué de lo que ocurre, y, tan pronto como he cumplido con mi obligación, recobro la serenidad y el buen humor. Ultra posse nemo obligatur[5]. Además, todavía me queda todo lo que hasta hace poco era para mí motivo de satisfacción: la música, la pintura, las nubes, la primavera, los buenos libros... y Mimi, y tú, y tantas otras cosas. En fin, que soy tan rica como Creso y confío serlo hasta el último instante de mi vida. Dejarse llevar por las miserias cotidianas es algo incomprensible e insoportable para mí. Piensa, por ejemplo, en la fría serenidad con que Goethe se sobreponía a los acontecimientos. Y piensa en todo aquello por lo que hubo de pasar a lo largo de su vida: la Revolución francesa, que, vista de cerca, debía de producir el efecto de una mascarada sangrienta sin finalidad alguna; luego, entre 1793 y 1815, todas esas guerras que se sucedieron sin interrupción y transformaron el mundo en un manicomio con las puertas abiertas. ¡Y con qué tranquilidad, con qué equilibrio intelectual, proseguía él, a pesar de todo, sus estudios sobre la metamorfosis de las plantas, la teoría del color y tantas cosas más! Yo no te pido que escribas versos, como Goethe, pero su modo de concebir la vida —el universalismo de los intereses, la armonía interior— está al alcance de cualquiera, o, al menos, todo el mundo puede esforzarse por alcanzarla. Y, si me dices que Goethe no era un político militante, replicaré que el político de acción es quien debe sobreponerse a los acontecimientos, si no quiere naufragar al chocar contra el primer escollo que se le presente. Con eso me refiero, claro está, a los luchadores de gran envergadura; no a esos veletas con ínfulas de «grandes hombres» de vuestra mesa redonda, que hace no mucho me han enviado una postal de recuerdo... Never mind! En ella, tus recuerdos fueron los únicos que me resultaron gratos. Como recompensa, pronto te enviaré un dibujo de mi álbum de Turner. Pero no vayas a darme tú también calabazas, como me ocurrió hace poco. Figúrate... en Navidad remití una página de ese álbum a Leo [Jogiches], y, a través de la señorita Jacob, recibo esta contestación: «Rechazado con agradecimiento». Según él era «vandálico» aceptarla. La página tenía que volver a su lugar en el

álbum. Típico de Leo, ¿verdad? Me puse hecha una furia, porque en eso también estoy con Goethe: «¿Acaso dudaría, oh mi dulce amada, / en regalarte Balj, Bujara o Samarcanda, / con su embriaguez y su fausto urbanos? / O pregúntale al káiser / si te las quiere regalar él. / Él es más poderoso y más sabio, / pero no sabe amar»[6].

Leo no es ni káiser ni «sabio», y tampoco «sabe amar». Pero tú y yo sí sabemos, ¿verdad, Luise? Y, si un día se me antoja agarrar un par de estrellas para regalárselas a alguien a modo de gemelos, no quiero que un pedante venga a advertirme con el dedo levantado de que con ello echo a perder los atlas astronómicos de las escuelas.

Vuestro álbum de Greiner me gusta cada vez más. Lo hojeo a menudo, y siempre me quedo con ganas de más. ¿No podría enviarme Robert [Kautsky] algunas de sus últimas láminas a través del primer mortal que venga a verme? (La señorita J. puede decirte a quién señala el señor Von Kessel con el dedo). Se las devolvería intactas, y recibirlas sería para mí una inmensa alegría. Aunque, por otro lado, ¿por qué no viene a verme un día el propio Robert? Además, así podría llevar a la práctica su proyecto de hacerme un retrato, si con tres o cuatro sesiones le basta. Tendría gracia. Ya que estoy aquí encerrada sin poder ir a ningún sitio, no me costaría ningún trabajo posar para él. En cualquier caso, la simple presencia de ese muchacho de mirada radiante y fresco como el rocío me resultaría muy grata. Estoy segura de que, siendo hijo del pintor del teatro real, le sería fácil obtener una autorización, sobre todo si el conde de Hülsen escribe unas líneas... Todo esto te lo digo en broma, por supuesto; Hans Naivus preferiría morir antes que confesarle al conde su amistad con la petrolera. Pero Robert no necesita una recomendación para obtener permiso. Aunque, por encima de todo, ¿cómo está lo de tu permiso? ¿Has formulado la petición? Admito que habría preferido recibir tu visita en primavera, en la época en que esta tierra presenta un aspecto más acogedor y hasta, según parece, resulta hermosa, a juzgar por lo que dicen quienes la han visto. Ahora, con lo mal que están los ferrocarriles y las inclemencias del tiempo, el viaje sería muy arriesgado para ti. Pero en primavera cuento con tu visita. Te sorprenderá ver todo lo que tengo alrededor. Los petirrojos me hacen fiel compañía en mi ventana, ya conocen bien mi voz y parece que les gusta oírme cantar. Hace poco les canté el aria de la

condesa de Las bodas de Fígaro. Había seis, por lo menos, apostados en el matorral que hay delante de mi ventana, y no se movieron hasta que terminé. Fue muy gracioso. Todos los días acuden también a mi llamada dos mirlos. ¡Jamás he visto otros tan mansos! Comen en el alféizar de la ventana. Quiero darles un concierto el 1 de abril, pero tengo que prepararlo todo muy bien. ¿No podríais enviarme unas cuantas semillas de girasol para ellos? Y de paso encargo para mi propio pico un pastel de guerra como los que ya me has enviado otras veces, que saben a gloria. Ya que estoy hablando de temas tan elevados, tratemos otro asunto que me preocupa. Parece que el mundo de los astros anda revuelto, y yo no tengo la culpa. Ignoro si, absorbidos como estáis por las preocupaciones que os causa Scheidemann, sois conscientes de que el año pasado el inglés Walkey hizo un descubrimiento revolucionario: según él, la estrella Canopus, de la constelación Argo Navis (hemisferio austral), marca «el centro del universo». Su luz «solo» tarda quinientos años en llegar a nosotros, y su volumen es, aproximadamente, un millón y medio de veces mayor que el del Sol. Esas cifras no me asustan, sino que me aturden. Pero hay otra cosa que me inquieta: si hay un centro en torno al cual gira «todo», el universo sería una esfera. Sin embargo, me parece de muy mal gusto concebir el universo como una esfera, algo así como un fardo de patatas o una bola de nieve. La simetría de esa figura es, en el caso del universo, una concepción muy vulgar, de pequeñoburgués. Además, estamos hablando de la inmensidad del universo. «Un infinito esférico» no tiene ningún sentido. Yo, para mi tranquilidad de espíritu, tengo que pensar que la estupidez humana no es lo único infinito. Ya ves que tengo las mismas «preocupaciones que el Sr. Kant». ¿Qué opina de esto Hans Naivus o su filius, el erudito?

Escríbeme enseguida una auténtica carta de omnibus rebus; de lo contrario, quedas expulsada de la mejor cámara de mi corazón, cuyo rinconcito lateral compartes con Mimi.

¡Válgame Dios! Me olvidaba de lo más importante: aún no he terminado la traducción, solo llevo siete pliegos, y tendré que volver a copiarlos. ¿No le bastan al editor los doce pliegos que ya se le entregaron para formarse una idea? Ahora sí que he terminado.

Un abrazo,

R.

[4] Rosa Luxemburgo nunca se registraba con su auténtico nombre cuando viajaba. (N. del T.)

[5] «Nadie está obligado a más de lo que es capaz de hacer». (N. del T.)

[6] Traducción propia. (N. del T.)

A Hans Diefenbach

Prisión-fortaleza de Wronki, Polonia,

8 de marzo de 1917

Hänschen:

De las mil cosas que tengo que contarte, aquí van unas cuantas. Ya estoy más tranquila de ánimo, y por eso quiero escribirte. Si rompí aquella otra carta y decidí no enviártela, fue por no darte motivos para estar triste. Por escrito, una depresión pasajera parece más trágica de lo que es en realidad. Ahora te escribo fundamentalmente por la siguiente razón: la señorita Mathilde J[acob], que está aquí, va a viajar a Posen y le gustaría reunirse contigo. Yo misma la he animado a hacerlo, porque supuse que te parecería bien. Ella te contará con detalle cómo me va aquí y te trasladará mis más afectuosos saludos. Sin embargo, hay algo más. Y ese algo es mi manuscrito de la Anticrítica, en respuesta a Eckstein, Bauer & Co., para defender mi libro sobre la acumulación del capital. Has tenido la desgracia de ser elegido como segundo lector de esa obra (el primero, por supuesto, fue Mehring, que ha leído el manuscrito varias veces y tras la primera lectura lo calificó de «sencillamente genial, y trabajo de verdad grandioso», sin parangón desde la muerte de Marx. En otra ocasión posterior se expresó con mucha más moderación). En cualquier caso, se trata de un trabajo del que estoy bastante orgullosa y que sin duda me sobrevivirá. Es más maduro que La acumulación del capital: desde una perspectiva formal, reducido a la máxima sencillez posible, sin añadidos ni artificios, todo escrito de una manera simple, centrándome en las grandes líneas. Casi diría que es un texto «desnudo», como un bloque de mármol. Esa es, por cierto, la tendencia de mi gusto. Tanto en el trabajo científico como en el arte, ya solo valoro lo sencillo, sereno y esquemático, razón por la que la primera parte de

El capital de Marx, tan halagada por todo el mundo, a mí me resulta indigesta, con su exceso de elementos rococó al estilo de Hegel (lo cual, desde el punto de vista del partido, era motivo de cinco años de correccional y diez años de deshonra...). Sin duda, para apreciar bien el contenido científico de mi Anticrítica, es importante que el lector domine los principios generales de la economía, y más en particular el pensamiento de Marx. ¿Y cuántas personas quedan hoy en día que cumplan esos requisitos? Ni media docena. En ese sentido, mis textos son auténticos artículos de lujo y habría que imprimirlos en papel labrado. Pero la Anticrítica, al menos, no incluye fórmulas algebraicas, que siempre asustan al lector corriente. En general, creo que entenderás bien el texto. Mehring halagó «la claridad cristalina y la transparencia del estilo». Espero, por tanto, que puedas darme tu opinión como «lector corriente del pueblo». Tu juicio sobre el aspecto artístico del estilo tiene mucho valor para mí. Pero también me interesa saber en qué medida entiendes el contenido. Así que, ya sabes: ¡valor y a leer! Surge, puer[7], o, si no puedes, léelo tumbado, pero ponte con ello y anota todas las impresiones que te cause. No te vendrá mal sumergirte de nuevo en la economía.

Ay, Hänschen..., ojalá pase rápido el invierno. Este tiempo me mata. Ahora mismo no puedo soportar ningún tipo de dureza, ni de las personas ni de la naturaleza. Todos los años, por estas fechas, tenía la costumbre de empezar a preparar mi viaje, porque el 7 o el 10 de abril ya estaba siempre a orillas del lago de Ginebra. Ahora llevo ya tres años sin verlo. Ay..., el lago azul y límpido de Ginebra. ¿Recuerdas el efecto que causa salir de ese último e interminable túnel, tras el inhóspito trayecto de Berna a Lausana, y verte de pronto flotando sobre ese enorme espejo azul? Mi corazón se revuelve siempre como una mariposa. Y luego ese delicioso trayecto de Lausana a Clarens, con esas pequeñas estaciones rurales cada veinte minutos, las casas que se ven al fondo del valle, junto al agua, agrupadas en torno a una iglesia blanca, la llamada serena y cantarina del revisor y el reloj de la estación, que da tres sonoras campanadas, y tres más, y otra vez, y, mientras el tren se pone lentamente en marcha, el reloj sigue dando alegres campanadas. El espejo azul va cambiando a medida que avanza el tren. Unas veces parece que se eleva en vertical, y otras veces yace cubierto de pequeños barquitos de vapor que van y vienen como escarabajos,

dejando una estela de espuma blanca tras ellos. Y, en la orilla de enfrente, esa montaña blanca con las faldas casi siempre envueltas en niebla azul, de forma que la cima cubierta de nieve parece flotar en el aire. Y por encima de todo ello los poderosos Dents du Midi. Santo Dios..., ¡¿cuándo podré pasar allí de nuevo el mes de abril?! La luz, la tranquilidad y la alegría caen sobre mi alma como un bálsamo. En mi Chailly sur Clarens, los viñedos de la montaña aún están llenos de malas hierbas del año anterior, y los viticultores empiezan a desbrozarlos. Yo, mientras tanto, paseo por los viñedos y formo ramos de ortigas muertas y jacintos de la uva azules, como el zafiro, que crecen allí por todas partes. A las once les suben el almuerzo a los campesinos. El padre, en mangas de camisa, deja la pala y se sienta en el suelo, y la mujer y los hijos, que han ido con ella, se acuclillan en torno a él. Entonces abren la cesta y la familia come en silencio. El padre se seca con la camisa el sudor de la frente, porque el sol de abril ya quema mucho allí en la montaña. Yo me tumbo en silencio cerca de ellos y, mientras me dejo acariciar por el sol, observo a la familia de campesinos con una pajita en la boca. Mi cabeza se vacía entonces de pensamientos, pero en todo mi cuerpo experimento una clara sensación: ¡santo Dios, qué bonito es el mundo y qué maravillosa es la vida! Desde Glion sube una vía de ferrocarril como una oruga oscura hasta lo alto del Col de Jaman, donde se ve un pequeño penacho de humo trazando un arco en el cielo, como el saludo lejano de un amigo que se va.

Adieu, Hänschen.

R.

[7] «¡En pie, muchacho!» (en latín en el original). (N. del T.)

A Sophie (Sonia) Liebknecht Wronki

Finales de mayo de 1917

¡Soniuska! ¿A que no sabes desde dónde te estoy escribiendo esta carta? ¡Desde el jardín! He sacado una mesita y me he sentado entre los arbustos. A la derecha tengo un grosellero amarillo, cuyo perfume recuerda al clavel y, a la izquierda, un aligustre. Por encima de mi cabeza, un arce y un castaño joven y esbelto se tienden sus verdes manos, y delante de mí agita suavemente sus pálidas hojas un gran álamo blanco de carácter grave pero bondadoso. En la hoja de papel bailan las tenues sombras de las hojas con luminosos puntos de luz, y del follaje todavía mojado por la lluvia me cae de vez en cuando una gota de agua en la cara o en las manos. En la capilla de la cárcel están celebrando una ceremonia religiosa. El sonido del órgano llega hasta mí amortiguado y difuso, ahogado por el rumor de las hojas y el alegre coro de pájaros en busca de pareja. A lo lejos trina el cuclillo. ¡Qué hermoso es esto y qué feliz me siento! Ya casi se saborea la atmósfera de San Juan, la exuberancia del verano en su punto de madurez y la embriagadora sensación de estar viva. ¿Conoces esa escena de Los maestros cantores de Wagner en la que una muchedumbre heterogénea canta, dando palmas: «¡Ya es San Juan, ya es San Juan!», y todo el mundo se pone a bailar un vals de la época Biedermeier? Pues así es casi como me siento hoy. ¿Sabes lo que me ocurrió ayer? Esto tengo que contártelo. Por la mañana vi una mariposa nocturna en la ventana del cuarto de baño. Debía de llevar unos días dentro, y había agotado sus fuerzas embistiendo contra el cristal, pero todavía daba señales de vida moviendo débilmente las alas. Cuando reparé en ella me vestí a toda prisa, temblando de impaciencia, me encaramé a la ventana y la tomé con mucha precaución entre mis manos. Pensé que estaba muerta, porque no se defendía, pero la coloqué en la repisa de la ventana de mi celda para ver si volvía en sí, y pareció que se reanimaba un poco, pero enseguida se quedó inmóvil de nuevo. Entonces, cuando le puse unas flores delante de las antenas para que tuviera algo de

comer, un zarcero se puso a cantar con un brío y una nitidez que resonaba en el interior de la celda. Inopinadamente, dije en voz alta: «Mira con qué alegría canta ese pajarillo. Eso debería reanimarte un poco». Yo sola me reí de aquella alocución dirigida a una mariposa moribunda, y pensé: son palabras vanas. Pero no, media hora después, el animalillo recuperó las fuerzas, dio unas cuantas vueltas desorientado y por fin echó a volar. ¡Qué alegría me dio haberle salvado la vida! Fue muy emocionante.

Por la tarde, como te puedes imaginar, volví a bajar al jardín. Allí me paso toda la mañana, desde las ocho hasta las doce (cuando me llaman para comer), y luego otra vez desde las tres hasta las seis. Confiaba en ver el sol. Ayer tenía el presentimiento de que saldría a bañarlo todo con su luz, pero no se dejó ver y me llevé un chasco. Mientras daba una vuelta por el jardín, se levantó un poco de brisa y vi algo extraordinario: el polen de las flores ya maduras del álamo se esparció por todas partes y parecía que estaba nevando. Había algo misterioso en esa pelusa plateada que flotaba en el aire y empezó a cubrir la tierra y el suelo del patio. El álamo blanco florece más tarde que ningún otro árbol de su especie y, gracias a esa exuberante forma de esparcir su polen, es capaz de procrearse a distancias considerables. Sus semillas germinan como la mala hierba en cualquier grieta de la pared y hasta entre las piedras.

Luego, a las seis, volvieron a encerrarme en la celda, como siempre. Entonces me senté junto a la ventana con un dolor de cabeza sordo y pesado, porque hacía mucho calor, y miré al cielo. Bajo nubes blancas de algodón recortadas sobre un fondo azul pastel, las golondrinas se perseguían alegres a una altura prodigiosa. Con sus alas afiladas como pequeñas tijeras parecían cortar el aire en muchos trozos. No tardó en oscurecer. De pronto se hizo el silencio y estalló una tormenta acompañada por un fuerte chubasco y dos truenos ensordecedores que hicieron temblar todo. El espectáculo que vino a continuación no lo olvidaré jamás. La tormenta amainó enseguida. El cielo adquirió un tono gris opaco y uniforme, y un crepúsculo descolorido, húmedo y fantasmal descendió sobre la tierra. Era como si colgaran crespones grises del cielo. La lluvia caía lenta y monótona sobre las hojas y, de vez en cuando, un resplandor púrpura iluminaba fugazmente el gris plomizo del cielo. Los truenos sonaban cada vez más lejanos, de la misma forma que las olas van

perdiendo fuerza progresivamente después de una marejada. Y de pronto, en medio de aquella escena de luces fantasmagóricas, en el arce que hay delante de mi ventana, empezó a cantar un ruiseñor. En medio de la lluvia, los relámpagos y los truenos, cantaba como una sonora campanilla, como si, embriagado y poseído por algún afán irreprimible, pretendiera ahuyentar la tormenta y disipar las tinieblas. Jamás había oído algo tan hermoso. Su canto añadía un brillo de plata al cielo alternativamente plomizo y purpúreo. Era todo tan misterioso y de una belleza tan inefable que recité en voz alta, sin darme cuenta, el último verso de aquella poesía de Goethe: O wärst Du da... («¡Ay, si estuvieras aquí!»).

Siempre tuya,

Rosa

A Sophie (Sonia) Liebknecht

Breslavia, 2 de agosto de 1917

Mi querida Soniuska:

Tu carta, que recibí el día 28, ha sido la primera noticia que me ha llegado de fuera. No te imaginas la ilusión que me hizo. Te has formado una idea demasiado trágica de mi viaje... Ya sabes que acepto con serenidad todas las vicisitudes del destino. Ya me he familiarizado con mi nueva residencia. Mis cajas de libros han llegado hoy, y mis dos celdas, decoradas con los libros, pequeños grabados y los modestos detalles que llevo siempre conmigo, tendrán pronto un aspecto tan íntimo y confortable como la de Wronki, por lo que trabajaré con mayor placer todavía. Lo que echo de menos aquí, claro está, es la relativa libertad de movimientos que disfrutaba allí, pues en Wronki la fortaleza estaba siempre abierta, mientras que aquí me paso el día entero encerrada. También echo de menos el aire libre, el jardín y, sobre todo, los pájaros. No sabes el cariño que le había tomado a todo aquello. Pero, en fin, todo eso son cosas de las que se puede prescindir, y no tardaré en olvidar que he vivido en condiciones mejores que las presentes. Aquí vivo casi como en la cárcel de Barnimstrasse, con la diferencia de que no dispongo de aquel espléndido patio frondoso de la enfermería, donde todos los días progresaba en mis conocimientos de botánica y zoología. En este amplio patio empedrado de la cantina, donde doy mis paseos, no hay nada que «descubrir». Mientras paseo, abandono toda esperanza y clavo la mirada en el pavimento, para no tener que sufrir el vivo dolor que me produce ver a las presas que trabajan en el patio con un uniforme denigrante. Entre ellas hay siempre dos o tres de las que ha desaparecido todo rastro de edad, sexo y rasgos individuales, todo sepultado bajo la más profunda degradación humana. Pero, quizá precisamente por eso, ejercen sobre mí una especie de

doloroso magnetismo, y atraen a menudo mis miradas. Y, a pesar de todo, siempre hay rostros que no ha podido alterar ni el traje de presidiaria y que llamarían la atención de un artista. Me ha llamado la atención, por ejemplo, una joven obrera que, con su talle esbelto y musculoso, el corte recio de su cara y el pañuelo con que se cubre la cabeza, recuerda mucho a las figuras de Millet. Da gusto ver con qué elegancia se mueve y transporta los bultos. Su rostro delgado, de piel tersa, y su blancura calcárea hacen pensar en la trágica máscara de pierrot. Pero ya he sufrido demasiados desengaños en mi vida como para no evitar semejantes encuentros, a pesar de las esperanzas que parecen despertar al principio. En la cárcel de Barnimstrasse conocí a una presa como ella. Tenía el porte y las maneras de una reina, y me imaginé que su espíritu sería tan atractivo como su cuerpo. Sin embargo, pocos días después la vi trabajando en mi sección y, al cabo de tres jornadas, tuve que reconocer que, bajo su hermosa apariencia, solo había estupidez y vileza. Desde entonces, no puedo dejar de apartar la vista cuando se cruza en mi camino. Entonces se me ocurrió que, si la Venus de Milo había conservado a través de los siglos su reputación de ser la más hermosa de las mujeres, sería porque no puede despegar los labios. Si pudiera hablar, lo más probable es que todos sus encantos se fueran al infierno.

Enfrente tengo la cárcel de hombres, el eterno edificio de ladrillo rojo y aspecto sombrío. Pero por encima de sus muros puedo ver las copas de los árboles de un parque. Entre ellos hay un gran álamo negro cuyo rumor se percibe con la menor brisa y una hilera de fresnos de tonos más claros, engalanados con sus flores amarillas. Mis ventanas están orientadas al noroeste, de manera que, a veces, al atardecer, veo nubes fabulosas, y ya sabes que una nube rosa me basta para sumirme en un estado de éxtasis y sentir que me compensa por todo lo demás. En este momento, las ocho de la noche (es decir, en realidad, las siete), el sol acaba de ocultarse tras el muro de la cárcel de hombres, pero todavía cubre de deslumbrantes reflejos las claraboyas del tejado, y el cielo parece dorado. El caso es que me siento muy a gusto y hay algo, no sé qué, que me hace cantar por lo bajo el Ave María de Gounod. Estoy segura de que la conoces.

Muchas gracias por las poesías de Goethe que me has copiado. Die

berechtigten Männer es, en efecto, muy bonita, aunque a mí no me había llamado antes la atención. A veces necesitamos que alguien nos indique la belleza de una obra. Cuando tengas tiempo, te ruego que me copies también La tumba de Anacreonte. ¿Conoces bien esa poesía? Yo no la comprendí del todo hasta que la escuché con la música de Hugo Wolf, que le da un carácter arquitectónico. Cuando la oyes, es como si te encontraras ante un templo griego.

En este momento —he interrumpido un rato la escritura para observar el cielo—, el sol se halla muy bajo tras el edificio y, en el cénit, miles de pequeñas nubes, salidas de Dios sabe dónde, han ido agrupándose en silencio. Son de un delicado color gris, más plateado en los contornos, y se dirigen hacia el norte. Esas nubes son tan inconscientes, muestran una indiferencia tal, que no puedo menos que sonreír y pensar, como tengo por costumbre, en el ritmo de la vida que me rodea. ¿Cómo es posible sentirse «malvada» o mezquina bajo semejante cielo? No dejes nunca de mirar a tu alrededor, y siempre serás «buena».

Me sorprende un poco que Karl pida un libro sobre el canto de los pájaros. Yo, por mi parte, no puedo concebir el canto de los pájaros como algo independiente de su forma de vida. A mí solo me interesa el conjunto, y no tal o cual detalle aislado. Envíale un buen libro de geografía animal. Le interesará mucho, estoy segura.

Confío en que vengas pronto a visitarme. En cuanto consigas el permiso, ponme un telegrama.

Un fuerte abrazo,

Rosa

A Sophie (Sonia) Liebknecht

Breslavia, mediados de diciembre de 1917

(...) Ya es la tercera Navidad que paso entre rejas. Pero no te lo tomes de forma demasiado trágica. Estoy más tranquila y alegre que nunca. (...) Estoy tendida sobre un colchón duro como una piedra en una celda oscura. A mi alrededor reina el habitual silencio sepulcral. Es como si ya estuvieras en la tumba. La luz de la farola que brilla toda la noche entra por la ventana y se refleja en el techo. De vez en cuando se oye pasar un tren lejano y, más cerca, al pie de la ventana, el carraspeo y los pasos del centinela, que se mueve para desentumecer las piernas. La arena cruje bajo sus botas con una angustia que parece expresar toda la desolación y desesperanza de la existencia en la oscuridad sombría y húmeda de la noche. Aquí estoy tendida, sola, envuelta entre los pliegues de la oscuridad, el hastío, el cautiverio y el invierno, a pesar de lo cual mi corazón palpita con un incomprensible gozo interior, con una alegría nueva para mí, como si me paseara por una pradera florida bajo un sol radiante. Y, en las tinieblas de mi calabozo, sonrío a la vida, como si poseyera algún mágico talismán cuya virtud transformara todo lo lúgubre y triste en claridad y dicha. Yo misma busco el porqué de esa alegría, pero no doy con él, y no me queda más remedio que reírme de mí misma.

Yo creo que el secreto está en la propia vida, tal y como es. Las densas tinieblas de la noche son bellas y suaves como el terciopelo si una sabe mirarlas bien. Y, en el crujir de la arena húmeda, bajo los pasos lentos y pesados del centinela, resuena el canto de la vida para quien sepa escuchar con atención. En esos momentos pienso en ti, y ¡con cuánto gusto te prestaría ese talismán, para que tú también pudieras exprimir la belleza y alegría que hay en todas las situaciones de la vida, para que tú también vivieras bajo su encanto y caminaras por la vida como si fuera un campo de flores! Pero no pienses que quiero lastrarte con ascetismo o gozos imaginarios. No, yo deseo para ti gozos reales y sensibles. Solo quiero compartir

contigo mi inagotable alegría interna, para abrazar la tranquilizadora idea de que vas por la vida envuelta en un manto bordado de estrellas que te protege contra la vileza, la vulgaridad y la angustia. (...)

¡Ay, mi querida Sonia, he vivido algo muy doloroso! Todos los días llegan al patio en el que doy mis paseos carros militares cargados con mochilas, capotes raídos de soldados y camisas, muchas veces manchadas de sangre... Entonces reparten las prendas por las celdas para que las presas las zurzan, y después vuelven a recogerlas. Hace unos días acababa de entrar en el patio uno de esos carros. Pero esta vez venía tirado por bisontes, no por caballos. Era la primera vez que veía de cerca a esos animales. Son más vigorosos y corpulentos que nuestros bueyes. Tienen el morro chato, y unos cuernos retorcidos dan a su testa cierto parecido a la de nuestros carneros. Tienen la cara negra y grandes ojos mansos. Los soldados que conducen la yunta dicen que las bestias proceden de Rumanía y son botín de guerra... Al parecer, fue muy difícil cazar a esos pobres animales, que vivían en estado salvaje, y más difícil aún habituarlos al tiro, después de la libertad de que habían gozado. Solo han podido domarlos a base de golpes, haciéndoles sentir en lo más profundo de su carne que también para ellos rige el vae victis. (...)

Hace unos días, acababa de entrar en el patio uno de esos carros cargado de sacos. La carga era tan excesiva que los bisontes no lograban franquear el umbral del pórtico. El soldado que los conducía empezó a apalearlos con el mango de su fusta con tal violencia que la carcelera le preguntó indignada si no le daban lástima aquellas bestias. «¡Con el ser humano tampoco tiene compasión nadie!», exclamó el carretero con una sonrisa perversa y siguió apaleando a las pobres bestias. Por fin lograron salvar el obstáculo, pero una de ellas sangraba de mala manera. Soniuska..., a pesar del enorme grosor de la piel del bisonte, el soldado había conseguido desgarrarla.

Mientras descargaban el carro, las bestias permanecían impasibles y exhaustas, y una de ellas, la que sangraba, tenía los ojos tristes y abatidos. Sus grandes ojos, tan dulces, tenían la misma expresión de un niño que acaba de llorar por un castigo que ha recibido sin saber por qué y no sabe qué hacer para librarse del tormento y la brutal

violencia. Yo estaba frente a la yunta, y el animal herido me miró; las lágrimas que asomaron a mis ojos eran sus lágrimas. No es posible estremecerse ante el sufrimiento del más querido de los hermanos con un dolor más intenso que el que experimenté, impotente, ante aquel mudo dolor. ¡Qué lejos quedaban las vastas y verdes praderas de Rumanía! Allí brillaba el sol, soplaba el viento y cantaban los pájaros de un modo muy distinto, y la melodiosa llamada del pastor sonaba a lo lejos.

Aquí, sin embargo, en esta horrible ciudad, lo que ha encontrado es un establo asfixiante, heno mezclado con paja podrida y, sobre todo, los golpes de esos hombres despiadados que le desgarran la piel y hacen manar su sangre por heridas frescas... ¡Oh, mi pobre bisonte, mi pobre y querido hermano! Aquí estamos los dos, tú y yo, inermes y silenciosos, unidos por el dolor, la impotencia y la nostalgia. Y, mientras las presas descargaban los pesados sacos y los arrastraban hasta la cárcel, el soldado, con las manos metidas en los bolsillos, se paseaba dando grandes zancadas por el patio, silbando una canción sin asomo de vergüenza. Todo el horror de la guerra desfiló ante mis ojos...

Soniuska, amiga mía, conserva la calma y la serenidad a pesar de todo. La vida es así y hay que tomarla como viene, con valor, la frente bien alta y la sonrisa en los labios.

Escríbeme pronto, Soniuska. Un beso,

Rosa

Bibliografía

Arendt, Hannah. The Human Condition, University of Chicago Press, Chicago, 1958. [Trad. esp. de Ramón Gil Novales, La condición humana, Seix Barral, Barcelona, 1974].

—. «Over menselijkheid in donkere tijden», ensayo incluido en Politiek in donkere tijden, traducción al neerlandés de R. Peeters y D. de Schutter, Boom, Ámsterdam, 1959. [Trad. esp. de Claudia Ferrari de Perinotti y Agustín Serrano de Haro, «Sobre la humanidad en tiempos de oscuridad», en: Hombres en tiempos de oscuridad, Gedisa, Barcelona, 2017].

—. Totalitarisme, traducción al neerlandés de D. De Schutter y R. Peeters. Boom, Ámsterdam, 1951. [Trad. esp. de Guillermo Solana, Los orígenes del totalitarismo, Alianza Editorial, Madrid, 2019].

—. Men in Dark Times, Harcourt Brace, 1968 [Trad. esp. de Claudia Ferrari de Perinotti y Agustín Serrano de Haro, Hombres en tiempos de oscuridad, Gedisa, Barcelona, 2017].

Bloch, Ernst. Das Prinzip Hoffnung, editorial Aufbau, Berlín, 1954-1959. [Trad. esp. de Felipe González Vicén, El principio esperanza, Aguilar, Barcelona, 1975].

Evans, Kate. Red Rosa, Verso Books, Londres, 2016. [Trad. esp. de Josefina Luzuriaga Martínez y Alejandra Crosta, La Rosa Roja, Asociación Izquierda Diario, Madrid, 2017].

Frieling, Simone. Rebellinnen: Hannah Arendt, Rosa Luxemburg und Simone Weil, Ebersbach & Simon, Berlín, 2018.

Hermsen, Joke J. (ed.), en colaboración con Dana R. Villa (ed.). The Judge and The Spectator: Hannah Arendt's Political Philosophy, Uitgeverij Peeters, Ámsterdam, 1999.

—. Kairos: Een nieuwe bevlogenheid, De Arbeiderspers, Ámsterdam, 1999.

—. La melancolía en tiempos de incertidumbre, Ediciones Siruela, Madrid, 2019.

Hetmann, Frederik. Rosa Luxemburg, traducción al neerlandés de Tinke Davids, Het Wereldvenster, Bussum, 1981.

Hirsch, Helmut. Rosa Luxemburg: Strijdbaar en menselijk, H. J. Paris, Ámsterdam, 1970.

Hoek, Cris van der. Een bewuste paria: Hannah Arendt en de feministische filosofie, Boom, Ámsterdam, 2000.

Louis, Édouard. Qui a tué mon père, Editions du Seuil, París, 2018. [Trad. esp. de Pablo Martín Sánchez, Quién mató a mi padre, Salamandra, Barcelona, 2019].

Luxemburg, Rosa. Gesammelte Werke, tomos I-IV, editorial Dietz, Berlín, 1983.

—. Orde heerst in Berlijn, Boucher, La Haya, 1970.

—. Brieven, traducción al neerlandés de M. Verdaasdonk, Van Oorschot, Ámsterdam, 1976.

—. Massastaking, traducción al neerlandés de Ben van de Pavert, SUN, Nimega, 1971.

Mattick, Paul. «Review: Rosa Luxemburg by J. P. Nettl», Science & Society, vol. 31, n.º 1, 1967, págs. 108-114.

Nettl, J. Paul. Rosa Luxemburg, Oxford University Press, Nueva York, 1966.

Nye, Andrea. The thought of Rosa Luxemburg, Simone Weil, and Hannah Arendt, Routledge, Londres, 1994.

Roland Holst-van der Schalk, Henriette. Rosa Luxemburg, Brusse's Uitgeverij, Rotterdam, 1935.

Rose, Jacqueline. Women in Dark Times, Bloomsbury Publishing, Londres, 2016.

Solnit, Rebecca. Hope in the dark, Nation Books, Nueva York, 2004. [Trad. esp. de Lucía Barahona, Esperanza en la oscuridad, Capitán Swing, Madrid, 2017].

Teyl, Wijnand van. RL/KL, Fostaland, 2016.

Tjeenk Willink, Herman. Groter denken, kleiner doen, Prometheus, Ámsterdam, 2018.

Wimmer, Reiner. Vier jüdische Philosophinnen: Rosa Luxemburg, Simone Weil, Edith Stein, Hannah Arendt, editorial Attempta, Tubinga, 1995.

Zuboff, Shoshana. The Age of Surveillance Capitalism, Profile, Londres, 2019. [Trad. esp. de Albino Santos Mosquera, La era del capitalismo de la vigilancia, Paidós, Barcelona, 2020].

Agradecimientos

Escribir un ensayo también es un acto «en concierto» con otros. Si bien es cierto que escribir es una actividad solitaria, el simple hecho de entregar partes del texto a otros para que lo lean y evalúen se puede considerar, de por sí, un acto político. Quiero darles las gracias a Renée Borgonjen, Coen Simon y Job Lisman por leer y comentar versiones anteriores de este ensayo. A Cris van der Hoek y Brenda Ottjes, conocedores de la obra de Hannah Arendt y Rosa Luxemburgo, quiero agradecerles la agudeza de su mirada. Gracias a ellos he sido capaz de poner mejor en escena el encuentro virtual entre las dos pensadoras. A mis hijos, Rodante y Sebald van der Waal, les debo también mis agradecimientos por sus comentarios críticos, su implicación política y su espíritu juvenil, que me dieron el valor necesario para completar este ensayo dirigido fundamentalmente a su generación. También quiero dar aquí las gracias a los treinta miembros del club de lectura de Rosa Luxemburgo, por su entusiasmo y sus apasionados debates, a la asociación Amor Mundi y al Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam, por la amabilidad de presentar este ensayo durante el simposio Uit liefde voor de wereld («Por amor al mundo»). Y, por último, quiero darle las gracias a Jaap de Jonge por sus atenciones y su apoyo durante el proceso de escritura de este ensayo.